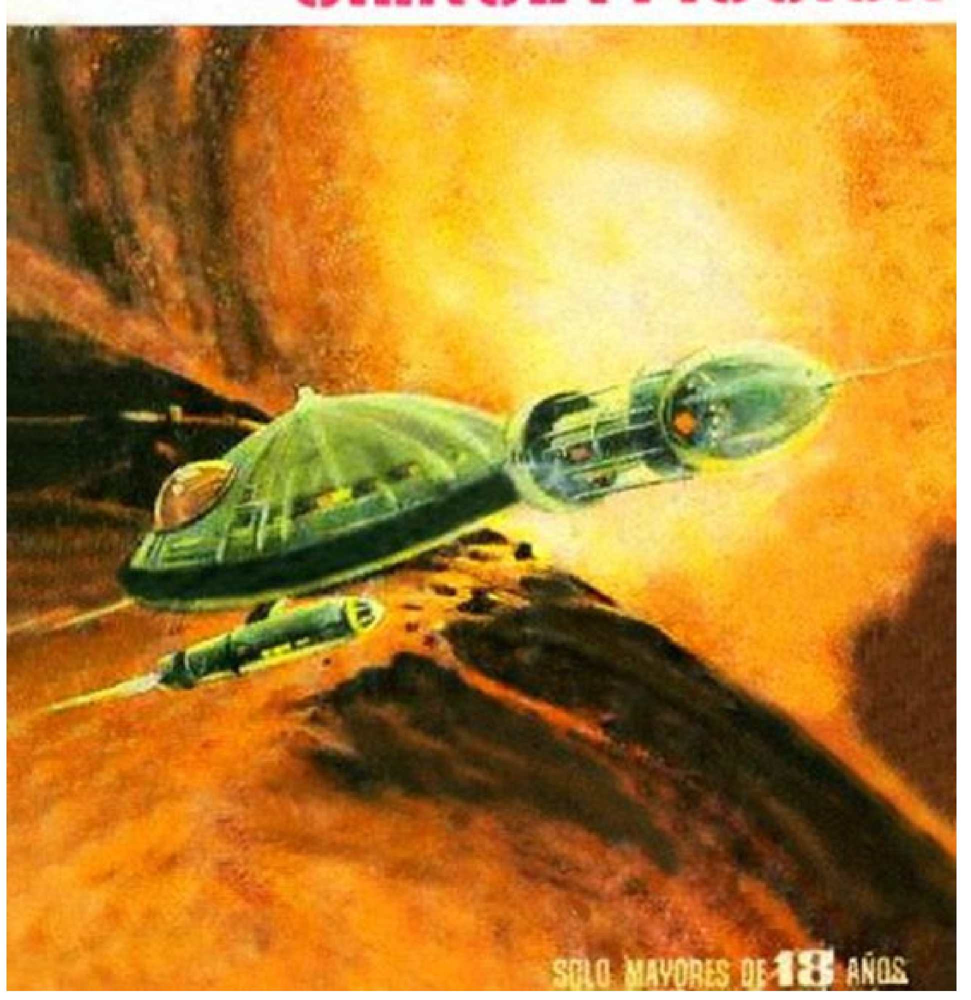
La conquista del ESPACIO

LA SUPERBOMBA

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



LA SUPERBOMBA

Título Original: *La Superbomba*

Colección: La Conquista Del Espacio
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

Estaba tomando un cóctel sideral. Las burbujas, finas pero a cientos, ascendían hacia la superficie del líquido contenido en la gran copa mientras por encima de la bebida se formaba un manto de gas blanquecino.

A su lado, una mujer joven, de formas exuberantes, sonreía complaciente.

Lluc Xaloc no parecía tener problemas. Era un independiente del Espacio y no se sometía a las órdenes milicianas, a las grandes empresas ni a ningún poder de otro signo.

—¿Xaloc?

Se volvió. A su lado, en pie, había un hombre más bien pequeño. Usaba lentillas, era calvo y enjuto. Debía ser un burócrata de altos vuelos.

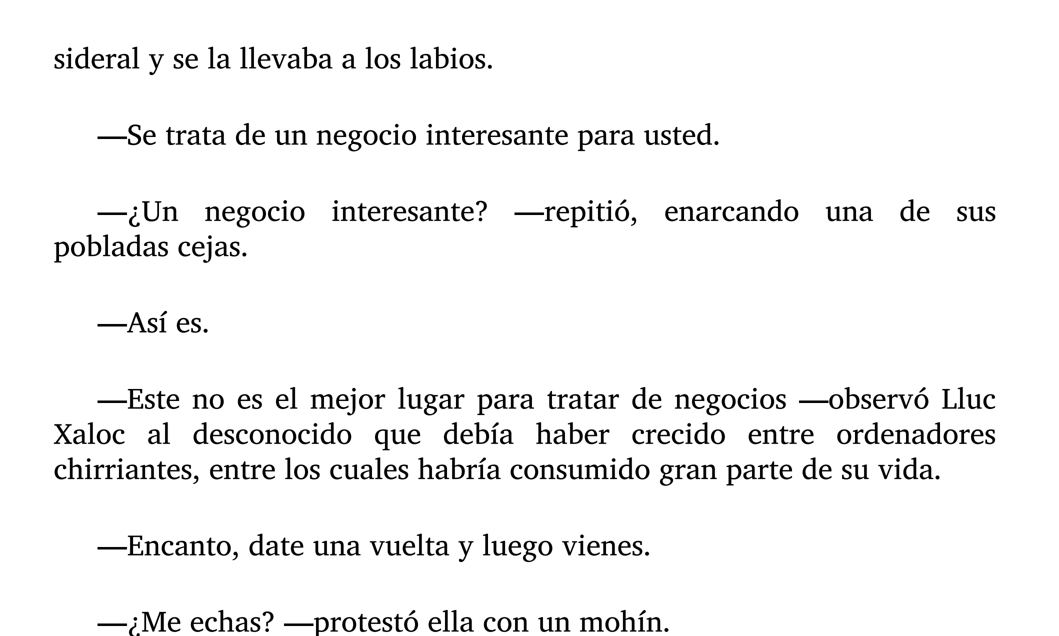
—¿Sí?

—¿Podemos hablar? —le preguntó.

Su voz era penetrante como un cuchillo afilado.

—Ahora lo estoy pasando bien —le objetó.

La chica sonrió más abiertamente mientras tomaba su copa de cóctel



sideral y se la llevaba a los labios.

—Se trata de un negocio interesante para usted.

—¿Un negocio interesante? —repitió, enarcando una de sus pobladas cejas.

—Así es.

—Este no es el mejor lugar para tratar de negocios —observó Lluc Xaloc al desconocido que debía haber crecido entre ordenadores chirriantes, entre los cuales habría consumido gran parte de su vida.

—Encanto, date una vuelta y luego vienes.

—¿Me echas? —protestó ella con un mohín.

—No, sólo date una vueltecita.

Con un gesto casi de enfado, ella asintió. Se levantó, movió sus hermosas ancas y se alejó ondulando su atractiva anatomía para llamar la atención de cuantos varones pudieran quedar bajo su radio de acción.

—Bien, ya estamos solos —le observó Lluc Xaloc a aquel desconocido que se había sentado a su lado.

—¿Quiere ganar cinco millones?

—Si pueden ser diez, mejor —dijo cínico Lluc Xaloc

—Por el precio no discutiremos.

Xaloc se le quedó mirando fijamente; se preguntó si aquel sujeto estaba loco o sabía muy bien lo que se decía.

—Creo que usted no dispone de todo ese dinero para pagar…

—Es cierto, yo no, pero quien represento, sí.

—¿Y a quién representa?

—No estoy autorizado para revelarlo. —Puso al descubierto su polirreloj, lo miró y dijo:

—Quedan sólo quince minutos.

—¿Para qué?

—Para que acepte o rechace la propuesta.

—¿Sólo quince minutos?

—Sí. La misma propuesta se está haciendo a otros sujetos como usted.

Xaloc parpadeó una sola vez antes de mirar con más atención los ojos protegidos con lentillas del burócrata de ordenadores que tenía al lado y que no parecía bromear.

—¿Quiere decir que en este mismo momento se está haciendo una propuesta idéntica a otros independientes espaciales como yo?

—Así es.

—¿Y quién de todos se llevará el negocio a su bolsillo?

—Eso, lo ignoro.

—Despacito, despacito, aunque el tiempo sea muy corto… ¿De qué se trata ese negocio?

—De un transporte.

—¿Un transporte? Eso es poco. ¿Qué más?

—No estoy autorizado para decir más.

—¿Y así, con tan pocos datos, pretende que me moje en este negocio del que no sé nada más?

—Son diez millones. ¿No ha pedido eso?

—Sí, claro, pero…

—Quedan diez minutos; es posible que se le hayan adelantado.

—Bien, no discutamos. Le creo y acepto los diez millones aunque sea tener que llevar un ratón al sol, pero como esto sea una broma…

El burócrata volvió a poner al descubierto su polirreloj que al mismo tiempo era microordenador terminal de datos y emisor-transmisor. Pulsando uno de sus diminutos resortes, hizo la llamada.

—V-veinte a la escucha, V-veinte a la escucha, cambio.

—Aquí Plutón llamando. Xaloc acepta, repito, Xaloc acepta. Cambio.

—Oído. Preséntese de inmediato área cero, repito, preséntese de inmediato área cero, corto.

—Ya lo ha oído, Xaloc. Debemos presentarnos de inmediato en el área cero.

—¿Y eso queda lejos?

—Ningún lugar está lejos cuando hay un vehículo rápido esperando.

—¿Y la chica?

—¿Qué chica?

—La que he dejado hace un momento.

—Se acabaron las mujeres por una temporada, Xaloc; son diez millones. ¿No cree que merece la pena esa abstinencia?

—Si sólo es por una temporada, de acuerdo.

—Vamos.

Aquel desconocido le condujo al área de estacionamiento donde aguardaba un ultramoderno atom-hovercraft.

Lluc Xaloc advirtió en seguida que el piloto del vehículo era un hombre hermético que no iba a pronunciar palabra y que estaba preparado para cualquier emergencia.

Se acomodaron y el vehículo se puso en marcha. Escogió la gran avenida subterránea y luego, en un punto dado, se levantó automáticamente la parrilla de un alcantarillado y ante la sorpresa de Xaloc, el vehículo descendió a los colectores de la macrópolis, cerrándose tras ellos la tapa enrejada de considerable grosor.

—Oiga, esto está bien. ¿Es para evitar los atascos? —preguntó socarrón.

—Los atascos y otras cosas.

—Están muy organizados. ¿Quiénes son ustedes?

—Ya lo sabrá en su momento. Ya le he dicho que no estoy autorizado para revelarlo.

El vehículo se deslizaba por encima de las aguas negras sin tocarlas. Allí, pese a circular los detritos que iban a parar a las depuradoras, no había roedores.

El atom-hovercraft se encontró frente a una pared de hormigón armado que se abrió para dejarles paso y luego se cerró tras ellos.

—Diablos, esto ya me huele a ultra secreto —rezongó Xaloc.

Circularon por una avenida amplia pero de techo bajo y llegaron a un estacionamiento donde había otros vehículos y hombres armados vestidos con el uniforme de alta seguridad.

—Ahora comprendo. Esto es un cuartel secreto de las fuerzas milicianas Verdes.

—Así es. Ya no hay por qué ocultarlo más, puesto que los uniformes son sobradamente conocidos.

El burócrata de ordenadores saltó al suelo y le pidió:

—Sígame.

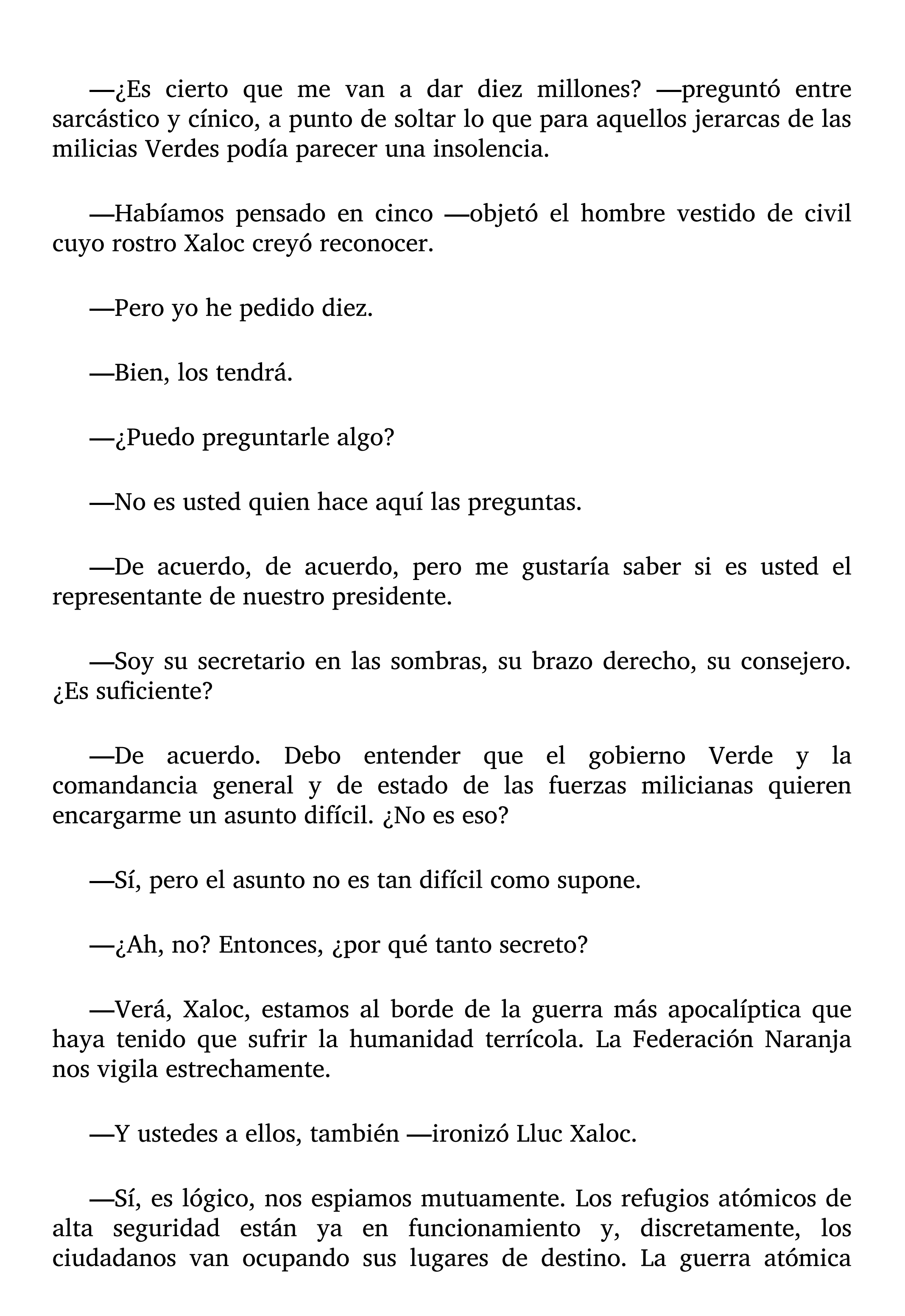
Los vigilantes de alta seguridad estaban entrenados para responder con sus armas a la más mínima agresión con eficaz y brutal contundencia, de modo que siempre se adelantaran a los posibles hombres problemáticos.

Entraron en una sala de juntas confortable y acondicionada en la que había una docena de hombres. Todos ellos, menos tres, llevaban los uniformes de las fuerzas milicianas Verdes.

Observaron al recién llegado intrigados, escrutadores; quizás alguno le conociera o posiblemente ninguno, pero parecían fiarse de los informes detalladísimos que el ordenador les entregara.

—Adelante, Lluc Xaloc, tome asiento —le pidió el hombre que vestido de civil, ocupaba la cabecera de la larga mesa, señalando el extremo opuesto de la misma.

Xaloc los observó despacio, uno a uno, casi con insolencia. Al fin, cogió la butaca y se aposentó en ella. Tras él, en silencio, quedó el burócrata y los dos guardias de alta seguridad.



—¿Es cierto que me van a dar diez millones? —preguntó entre sarcástico y cínico, a punto de soltar lo que para aquellos jerarcas de las milicias Verdes podía parecer una insolencia.

—Habíamos pensado en cinco —objetó el hombre vestido de civil cuyo rostro Xaloc creyó reconocer.

—Pero yo he pedido diez.

—Bien, los tendrá.

—¿Puedo preguntarle algo?

—No es usted quien hace aquí las preguntas.

—De acuerdo, de acuerdo, pero me gustaría saber si es usted el representante de nuestro presidente.

—Soy su secretario en las sombras, su brazo derecho, su consejero. ¿Es suficiente?

—De acuerdo. Debo entender que el gobierno Verde y la comandancia general y de estado de las fuerzas milicianas quieren encargarme un asunto difícil. ¿No es eso?

—Sí, pero el asunto no es tan difícil como supone.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué tanto secreto?

—Verá, Xaloc, estamos al borde de la guerra más apocalíptica que haya tenido que sufrir la humanidad terrícola. La Federación Naranja nos vigila estrechamente.

—Y ustedes a ellos, también —ironizó Lluc Xaloc.

—Sí, es lógico, nos espiamos mutuamente. Los refugios atómicos de alta seguridad están ya en funcionamiento y, discretamente, los ciudadanos van ocupando sus lugares de destino. La guerra atómica

puede comenzar en cualquier momento. La superficie del planeta Tierra, lo mismo que la de la Luna donde tenemos colonias, se llenará de hongos atómicos que lo arrasarán todo. Incluso, está previsto que un diez por ciento de los refugios atómicos de alta seguridad de ambos bandos quedarán destruidos debido a fallas telúricas reactivadas por las explosiones atómicas.

—Eso es una barbaridad. Arrasarán el planeta y no quedará una sola planta ni un animal vivo. Los ríos se secarán y se creará una nubosidad densísima que durará años después del primer enfriamiento.

—Todo lo que usted quiera, todos esos riesgos están previstos, sin embargo, parece que la guerra es inevitable. Los diálogos han terminado sin entendimiento. Por otra parte, usted no debe preocuparse.

—¿Ah, no? Yo soy ciudadano de este planeta y, la verdad, me fastidia mucho que lo arrasen.

—En los refugios atómicos tenemos invernaderos para plantas y animales. Cuando todo pase, volveremos a reimplantar la vida.

—Lo dudo. La radioactividad permanecerá muchos años.

—No tantos si en este punto llegamos a un acuerdo.

—Comprendo, los que sobrevivan podrán renovar el planeta —dijo sarcástico.

—Así es. No siga haciendo observaciones, Xaloc —dijo uno de los generales del estado mayor de la fuerza miliciana Verde.

—No podemos perder más tiempo, Xaloc; tiene usted que realizar un transporte delicado y pesado a la vez.

—¿De qué se trata?

—Alto secreto.

—Debo conocer el lugar de destino.

—Lo sabrá cuando haya salido al espacio sideral con su nave privada. No debe despertar ninguna sospecha. El embalaje contenedor advierte que lleva usted maquinaria de perforación subsolar para extracción de minerales.

—¿Y el tiempo de viaje?

—Dos mil quinientas horas.

—Eso es mucho —objetó Xaloc.

—No lo crea, la mayor parte de esas horas se las pasará con su cosmonave detenida, sin problemas.

—¿En plan de descanso?

—Si.

—¿Eso quiere decir que no participaremos en la guerra que, por lo que observo, es inminente?

—Si no son atacados, no entraran en guerra. Después de todo, es la oportunidad de que usted y su tripulación salven la vida en esta próxima guerra atómica.

—Bien, sólo hay un problema.

—¿Cual, Xaloc? —preguntó ahora otro de los generales.

—El cobro. Lo mismo si ganan que si pierden, la situación se va a poner muy fea y no me sirve que luego me pongan el dinero en una cuenta de crédito porque no será ya posible. Quiero cobrar ahora, en el mismo momento en que parta de la Tierra.

—De acuerdo, le pagaremos ahora. ¿En qué Banco prefiere cobrar?

—En ninguno. Quiero los diez millones en lingotes de oro, dentro de mi cosmonave; así sentiré el dinero más seguro.

Uno de los generales, sonriendo sarcástico, preguntó:

—¿Y de qué va a servirle ese oro si el planeta es arrasado?

—No lo sé, pero siempre queda la esperanza de que haya alguien con vida y a lo largo de los milenios de nuestra historia, el oro siempre ha tenido valor. Y en último caso, podré entretenerme levantando un monumento en oro a la idiotez del homo sapiens…

CAPÍTULO II

Lluc Xaloc había advertido por el comunicador a sus compañeros de aventuras siderales, Herbert y Who-Sy, de que prepararan la cosmonave Ferotge 21.

—¿Es un buen asunto? —quiso saber Herbert.

—Sí, pagan bien. Hay que llevar un mecanotopo gigante para extracción de minerales.

—¿Adónde?

—Ya te lo diré, ahora prepáralo todo. Habrá que cargarlo en la bodega principal, desciende la rampa «uno».

—De acuerdo.

—Dile a Who-Sy que repase todos los circuitos electrónicos y las telecomunicaciones y que suba a bordo unas videocasetes de divertimiento, no tengo ganas de aburrirme durante el viaje.

—Eh, deja que escoja yo las videocasetes; Who-Sy es demasiado aséptico para estas cosas.

—De acuerdo; pero que no sean excesivamente porno, recuerda que no viaja ninguna mujer con nosotros.

Cerró la comunicación, enviada desde el telecomunicador

incorporado en el salpicadero de su vehículo atom-hovercraft que se desplazaba a gran velocidad por el vial A-l que conducía al cosmopuerto civil.

El vehículo obedecía automáticamente las indicaciones de circulación.

El control automático guiaba el atom-hovercraft hacia su destino mientras Xaloc repasaba algunos datos que captaba con su terminal de datos sobre los controles de su propia nave.

Cuando llegó al cosmopuerto, pasó los controles de rigor para evitar sabotajes y se dirigió hacia su cosmonave Ferotge 21 por cuya rampa principal estaba entrando lentamente un gran contenedor herméticamente cerrado.

Se desplazaba sobre las guías mientras los cables grúa jalaban de él.

—Se han dado mucha prisa —rezongó para sí.

Los empleados de carga tenían aspecto de mozos normales, llevaban sus trajes amarillos con casco incluido y no parecían tener mayor preocupación en su labor, pero Lluc Xaloc sabía muy bien que toda el Área debía estar estrechamente vigilada aunque no se notara.

Ignoraba lo que iba dentro del contenedor hermético; pero debía ser algo muy valioso cuando pagaban diez millones por adelantado en oro, simplemente por transportarlo.

Aguardó a que el secretísimo contenedor entrara en la bodega de la cosmonave. Allí debían estar Herbert y Who-Sy para asegurar los anclajes y que la valiosa carga no se desplazara durante el viaje.

Una vez entrado el contenedor, subió a la bodega con su atom-hovercraft. Lo estacionó en un rincón activando el seguro electromagnético que impedía que el vehículo se moviera de un lugar a otro como un pedazo de hielo dentro de una coctelera.

—¡Who-Sy!

—Hola, Lluc. ¿Qué hay ahí dentro? —preguntó el oriental terrícola.

—Ya hablaremos de eso.

—¿Un mecanotopo?

—Sí, gigante.

En aquel momento entró otro atom-hovercraft que se desplazaba sin ruedas y elevado tres palmos por encima del suelo. Aquel vehículo se detuvo junto a ellos mientras el gran contenedor estaba siendo sujetado con los anclajes.

El burócrata de las lentillas, calvo y enjuto, se apeó.

—Xaloc…

—Hola.

—Aquí traigo lo convenido.

—No me diga…

—Sí y partirá ahora mismo.

—Si está ahí lo que he pedido, de acuerdo. Antes de diez minutos podrá oír el tronar de los motores de este cacharro.

—Es lo que hace falta. Venga.

Xaloc se acercó a la portezuela posterior del vehículo en el que acababa de llegar el burócrata de ordenadores.

Este abrió y le mostró una caja metálica de seguridad. Introdujo una tarjeta plastometálica dentro con la codificación oportuna impresa en

ella y la tapa se abrió automáticamente. El brillo del oro en barras llenó sus ojos.

—Magnífico, a esto le llamo yo tener palabra.

—Bien. Si tiene algún tropiezo, lamento decirle que destruiremos su cosmonave se halle donde se halle.

—Oiga, con eso no contaba. ¿Por qué amenaza con destruir la cosmonave con nosotros dentro?

—He dicho si surge algún tropiezo —puntualizó el burócrata de ordenadores; Lluc Xaloc no había llegado a averiguar su nombre.

—¿Y qué clase de tropiezo ha de ser ese que me puede costar la vida junto con la de mis amigos, incluida la destrucción de la cosmonave?

—Por ejemplo, que no emprenda viaje con el rumbo adecuado; que trate de poner rumbo hacia la Federación Naranja o alguna de sus colonias siderales.

—¿Quiere decir que puedo ser un traidor?

—No creo que lo sea, pero siempre hay que contar con esa posibilidad.

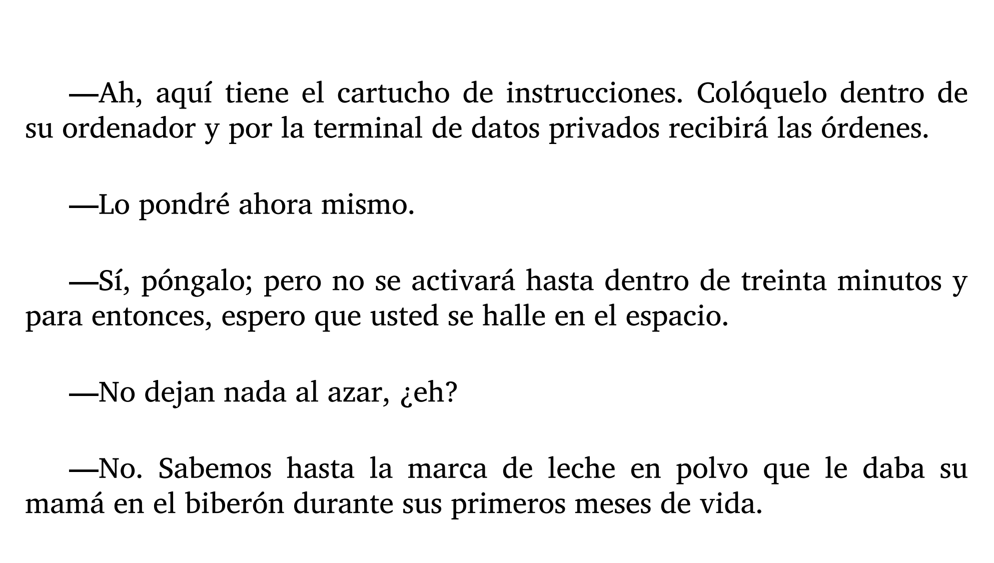
—Y como ustedes lo calculan todo, habrá misiles de largo alcance y alto poder desintegrador apuntando a esta cosmonave. ¿No es así?

—Exactamente.

—La verdad, no me gusta, pero soy consciente de que no voy a hacerles cambiar de planes.

—En efecto —sonrió el burócrata, entre burlón y satisfecho.

—Entonces, descarguemos el oro y ya se puede largar.



—Ah, aquí tiene el cartucho de instrucciones. Colóquelo dentro de su ordenador y por la terminal de datos privados recibirá las órdenes.

—Lo pondré ahora mismo.

—Sí, póngalo; pero no se activará hasta dentro de treinta minutos y para entonces, espero que usted se halle en el espacio.

—No dejan nada al azar, ¿eh?

—No. Sabemos hasta la marca de leche en polvo que le daba su mamá en el biberón durante sus primeros meses de vida.

—No me diga…

—No es una broma, es una realidad.

—Le creo.

Xaloc cerró la caja que contenía los lingotes de oro y cogió la tarjeta plastometálica que abría magnéticamente la tapa de aquel tesoro.

Xaloc se dijo que, después de todo, en los Bancos no tenía mucho dinero y que si éste se perdía, aquel oro le resarciría, puesto que él no podía evitar la guerra nuclear entre la Federación Verde y la Federación Naranja.

Un día u otro tenía que ocurrir tal guerra y si algo se salvaba de la civilización terrícola, serviría para no volver a luchar jamás.

—Pesa demasiado para que nosotros la movamos —le observó el burócrata de ordenadores.

—Eso tiene fácil solución. —Abrió el telecomunicador que llevaba en su polirreloj y llamó:

—Ursus, ¿me escuchas?

—Ursus escucha, Ursus escucha —repitió una voz de bocina, impersonal y artificiosa.

—Preséntate de inmediato en la bodega principal junto a mí.

—Orden recibida, Xaloc; orden recibida, Xaloc. Ursus se desplaza de inmediato, Ursus se desplaza de inmediato.

—¿Un robot? —preguntó el burócrata.

—Sí, un biorrobot.

—¿Cómo le ha identificado, si no le ha dicho su nombre?

—Tiene controlada la banda acústica de mi voz.

—Comprendo.

Ursus no tardó en presentarse. Era un robot del tipo mecanoelectrobiónico que, sin rebasar los dos metros de altura, se adivinaba muy poderoso.

El burócrata de ordenadores, al darle un vistazo y observar su constitución exterior, opinó:

—No es un robot de serie ¿verdad?

—No, no lo es. Es una pieza única construida por un ingeniero que más que ingeniero es un artista.

—Me imagino que Ursus tendrá muchas valencias.

—No lo dude, se le puede tildar de polivalente. —Se volvió hacia el robot, ordenándole:

—Ursus, coge la caja metálica y llévala a la cámara de seguridad.

—Orden recibida, orden recibida. Llevar caja a cámara seguridad, llevar caja a cámara seguridad… —repitió con voz artificial.

Ursus cargó con la caja entre sus dos manos de tenazas articuladas y se la llevó como si no pesara nada.

El burócrata le miró casi con envidia y comentó:

—Bien, todo en orden, suerte. Limítese a cumplir órdenes; si no lo hace, pagará las consecuencias.

Lluc Xaloc no supo por qué pero no alargó su mano para estrechársela, fue algo instintivo.

El representante del gobierno entró en su vehículo y abandonó la cosmonave Ferotge 21.

Los mozos del cosmopuerto abandonaron también la nave y la gran compuerta se cerró, elevándose la rampa.

En el ascensor, Herbert y Who-Sy y el propio Lluc Xaloc, subieron a la parte noble de la cosmonave y cerraron electromagnéticamente las escotillas que conectaban con la bodega de carga.

—Hay que ocupar nuestros puestos, nos largamos ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —se sorprendió Herbert.

—Sí, ahora mismo; no podemos perder tiempo. La situación es favorable y el centro de control nos da vía libre. Hay que largarse antes de que se cierren todos los cosmopuertos.

—¿Y por qué se van a cerrar? —preguntó Who-Sy.

—Inminente peligro de guerra total.

—Entonces, hay que largarse —exclamó el propio Herbert—. No quiero estar aquí cuando comiencen los pepinazos termonucleares.

Who-Sy opinó:

—El planeta se convertirá en un infierno.

—Es lo que pensamos todos —asintió Xaloc moviendo las palancas que abrían y cerraban circuitos.

—Hermetización atmósfera interior, total; fiabilidad, mil por mil.

—¿Escotillas? —preguntó Xaloc, propietario y comandante de la cosmonave privada Ferotge 21.

Herbert respondió:

—Completamente cerradas.

—¿Panel de telecomunicaciones?

—Completo funcionamiento, sin averías —respondió Who-Sy mirando el largo panel de impactos lumínicos polícromos que iban cambiando en unas complicadísimas claves que el oriental terrícola comprendía a la perfección.

—¿Funcionamiento de ordenador central?

—Perfecto, fiabilidad millón por millón —dijo Who-Sy.

Antes de decir nada, Lluc Xaloc observó las agujas de medición de energía que poseía la cosmonave. No estaba a tope, pero estimó que era más que suficiente para navegar durante diez mil horas sin detenerse.

—Entonces, sujetaos, el tiovivo se pone en marcha. Puede que tengamos algunas oscilaciones, la carga me parece muy pesada pese a que su volumen no lo es tanto.

—Sí, a mí también me lo ha parecido —asintió Herbert—, pero no nos ha dado tiempo para pasar la carga por el centro control de pesas y

medidas.

La Ferotge 21 comenzó a hacer rugir sus motores.

Una luz vivísima asomó por las toberas de popa y comenzó a avanzar lenta y pesadamente en dirección a la gran rampa de despegue para grandes cosmonaves.

—Centro de control a Ferotge 21, centro de control a Ferotge 21.

—Aquí Xaloc, comandante de la Ferotge 21, a la escucha. Enfilo rampa de despegue.

—Diez grados a estribor, repito, diez grados a estribor… Hay una banda de la rampa de despegue que está en reparaciones.

—Comprendido, diez grados de compensación.

—Sigan ruta ciento veintiuno P. S.

—Indicación recibida, ruta P. S. ciento veintiuno.

La Ferotge 21 enfiló por la rampa de despegue que tenía una banda en reparación.

Xaloc efectuó la corrección de diez grados en sus mandos. Hizo adelantar la nave medio centenar de metros y observó la pantalla de telescopia exterior.

Pudo ver como surgía del suelo el gigantesco muro arqueado convexo de metal y piedra refractaria que, mediante unas columnas hidroneumáticas, se elevaba hasta una altura de sesenta metros como una red gigantesca de extraordinario grosor sobre la cual se proyectaría toda la energía impulsora de la cosmonave, ofreciendo así una resistencia que lanzaba a la cosmonave con más velocidad en menos espacio de tiempo y recorrido.

—¡Ahí va! —advirtió Xaloc, que no utilizaba la terminología oficial

miliciana, sino la suya propia, más liberal, amigable y espontánea.

Puso la energía a tope y el chorro vivísimo puso al rojo blanco el metal que protegía la pared que aparecía y desaparecía para facilitar los despegues de las cosmonaves por la pista-rampa.

La Ferotge 21 comenzó a tomar velocidad por la rampa que en sus cuatro primeros kilómetros tenía una elevación de sólo quince grados, pero luego alcanzaba los noventa que la ponía proa al cielo, rumbo a las estrellas.

Lluc Xaloc notó que no conseguía la velocidad habitual; incluso, la nave tenía unas oscilaciones.

—Diablos, como pesa la carga. Esperemos que no haya contratiempos.

—Eh, Xaloc, la *Ferotge* gruñe —le advirtió Herbert.

—Ya lo oigo, no estoy sordo.

—Esperemos que no se desencuaderne como un viejo bloc.

Sin dudarlo, al gran poder del motor central que, como era lógico, se hallaba en popa, añadió la propulsión simultánea de los motores de babor y estribor que, de ordinario, se utilizaban para rectificar rumbos.

Todos los motores puestos en marcha hicieron que la temperatura de la cosmonave aumentara excesivamente; aquella era una maniobra que, según los catálogos de funcionamiento, no debía efectuarse.

—¡Cuidado, Xaloc, nos van a salir alas pero como angelitos como esto haga pum! —exclamó Herbert, siempre socarrón.

—Pues, empieza a rezar, el fluido de energía está a tope en todos los motores.

El rugido de la *Ferotge 21* resultaba infernal y la refrigeración

ambiental era insuficiente para mitigar el calor generado.

La *Ferotge 21* saltó de la rampa al aire. Puso proa a las estrellas dejando tras de sí una estela luminosa en mitad de la noche. Traspasó la atmósfera y luego la ionosfera hasta saltar al espacio sideral.

—Me estoy cociendo —gruñó Herbert, que apenas podía hablar. Tenía los músculos del rostro dilatados y sudaba a chorros.

Who-Sy no decía nada; tenía la boca cerrada y movía sus dedos para que todo funcionase bien.

—¡Motores fuera! —dijo Xaloc. Moviendo otra palanca, advirtió:

—Gravedad artificial en marcha, estamos ya en el espacio

—¿Rumbo adónde? —preguntó Herbert.

Xaloc soltó una carcajada.

—¡No lo sé! —dijo.

Sus compañeros le miraron incrédulos.

Estaban lanzados al espacio a una velocidad de 3 mach-luz y no sabían cuál era su destino.

Aquello sólo podía ser cosa de locos, locos de la galaxia como eran ellos…

CAPÍTULO III

Mientras la cosmonave *Ferotge 21* se alejaba más y más del planeta Tierra, todavía sin un rumbo concreto, sus tres tripulantes permanecían atentos a la pantalla de recepción de datos de la computadora de a bordo, unos datos que sólo ellos obtendrían.

Un visor les mostraba en cuenta atrás los segundos que faltaban para que el automático se disparase y el cartucho con los datos se pusiera en funcionamiento.

—¿No será un cartucho explosivo para que nos desintegremos en el espacio, verdad? —gruñó Herbert.

—¿Y que ganarían con ello? —objetó el oriental.

—No lo sé, quizá deshacerse del contenedor.

—Ignoramos lo que hay dentro —dijo Lluc Xaloc.

—Yo lo he aplicado al ultrageiger.

Ante lo que acababa de decir Herbert, Lluc Xaloc, preguntó lacónico.

—¿Y?

—Da unos *curies* muy bajos, pero dentro hay radioactividad.

—Cualquier aparato electrónico un poco sofisticado despide

radioactividad; un simple televisor, un aparato de inspección ósea o muscular…

—Ya lo sé, pero yo diría que hay algo de radioactividad pese a la protección que tiene.

—Atención, faltan cinco segundos…; cuatro, tres, dos, uno… —observó Who-Sy cuando ya la pantalla se iluminó, apareciendo precisamente el rostro del hombre al que Lluc viera en aquella especie de consejo secreto en el que había mayoría de comandantes generales de la milicia Verde.

—Xaloc, ahora estará usted viajando por el espacio sideral.

—¿Quién es? —preguntó Herbert.

—El secretario gris del presidente —contestó Xaloc en tono bajo mientras la grabación hacía una pausa oral.

—El destino es el laboratorio Zeta 55 que se halla en las coordenadas diez veintisiete y cuarenta ochenta. Por supuesto, están en clave, pero su computadora la descifrará adecuadamente. Supongo que le gustaría hacerme preguntas y que yo las respondiera, pero no es posible, ya que esto es una grabación. Hablar directamente por telecomunicación habría sido un error que podría pagarse caro. Limítense a seguir las instrucciones que verán escritas a continuación. Pasarán el tiempo que sea necesario en el laboratorio espacial Zeta 55 hasta que la guerra, ya inevitable, concluya. Al término de la misma, recibirán las oportunas órdenes de regreso. Para entonces todo se habrá serenado y su misión podrá darse por concluida. Sé que se estarán preguntando qué sucederá si el laboratorio Zeta 55 es atacado por alguna cosmonave de la milicia Naranja; es sencillo, el laboratorio Zeta 55, aunque científico y aparentemente inocuo militarmente hablando, posee gran capacidad de respuesta defensiva. Suerte para todos, vamos a necesitarla.

El rostro del secretario en las sombras del presidente de la Federación Verde, desapareció de la pantalla e, inmediatamente, fueron apareciendo letras y fórmulas, órdenes y normativas que no sólo veían

los ojos atentos de los tres cosmonautas independientes, sino que quedaban grabadas en la memoria de la computadora central para poder volver a escucharlas en cuanto lo desearan.

Lluc Xaloc miró a Herbert un hombre fuerte y macizo, de cabellos muy oscuros y rostro franco, casi siempre sonriente; después, observó al oriental Who-Sy, que tenía sobre su cráneo escaso cabello.

—¿Habéis oído hablar alguna vez del laboratorio Zeta 55?

—Yo no —confesó Herbert.

—¿Y tú, Who-Sy?

—Creo que se trata de una planta de experimentación espacial dedicada a microcultivos. Ya sabes, experimentos para comprobar si bacterias y virus cambian con sus condiciones físicas o biológicas o por falta de gravedad y también las mutaciones que se producen. Creo que utilizan polvo cósmico como tierra-alimento para los caldos de cultivo.

—Ese tío no se puede soportar —rezongó Herbert—. No sé para que utilizamos la computadora central si Who-Sy lo sabe todo.

—Muy bien, Who-Sy —suspiró Xaloc.

Se estiró en su butaca anatómica mientras en la pantalla del visor continuaban apareciendo datos a los que no prestaba la menor atención. Tras meditar unos instantes dijo:

—Parece que nos han enviado a un lugar apartado y seguro para que quedemos al margen de la guerra termonuclear, evitando de este modo que nos suceda nada.

—Pues hay que agradecer el detalle —opinó Herbert—. Es mejor estar en ese laboratorio espacial que en medio de una explosión termonuclear.

—Hemos de pensar que no han querido salvar nuestras vidas y ni

siquiera la de los tripulantes del laboratorio espacial Zeta 55. Lo que quieren poner al margen de la destrucción es lo que llevamos en el contenedor.

—¿Y qué será lo que hay dentro de ese contenedor que, al parecer es tan valioso? —se preguntó Herbert en voz alta, muy intrigado.

—No lo sé, está herméticamente cerrado; quizás no lo averiguaremos nunca.

—¿Y si tratamos de abrirlo para ver qué hay dentro?

—Herbert, no lleves hasta un extremo demencial tu curiosidad. Si está cerrado herméticamente será por algún motivo. Imagina que al abrirlo se despresuriza y entran en acción algunos mecanismos de alarma o, de lo que sería peor, de autodestrucción.

—Sería un riesgo a correr —admitió Herbert— pero si la guerra arrasa la superficie del planeta Tierra, no podremos regresar en mucho tiempo. Es posible que la morfología terrestre y marítima cambie espectacularmente.

—Pero estarán los refugios de alta seguridad atómica —objetó el oriental.

—Sí —admitió Herbert—. Los refugios de alta seguridad pueden servir mientras una gran isla o una placa continental no se hunda como ocurrió hace milenios con el continente de la Atlántida. En ese caso, los refugios atómicos de alta seguridad se convertirían en trampas mortales, verdaderas ratoneras de las que no podrían salir. Vivirían allí dentro hasta que los suministros se terminaran y cuando comenzaran a escasear, sería la ley de la jungla. No me gustaría estar dentro de uno de esos refugios de alta seguridad en circunstancias semejantes. Terminarán por comerse unos a otros hasta que no quede nadie vivo. Es la ley de la eterna combustión biológica.

—Habrá refugios atómicos que se salven. En cuanto a la barrera de vapor, podremos cruzarla —dijo Xaloc—. En fin, no seamos pesimistas. Después de todo, aunque digan que la guerra es inminente e inevitable,

aún no ha comenzado, siempre puede haber algo que la detenga.

—No lo creo —objetó Herbert—. Lo único que podría detenerla es el sentido común, el raciocinio y la hermandad entre los seres vivos, pero los gobernantes y los militares no ven más que por los ojos de su ambición y codicia.

—No hay nada que hacer, nosotros no podemos impedir la guerra. Nos han pagado por adelantado para que llevemos el contenedor al laboratorio Zeta 55 y es lo que haremos. Mientras estemos allí, al margen de lo que ocurra, nos dedicaremos a contemplar la evolución histórica de nuestra civilización que, como siempre y desgraciadamente va a ser caliente, demasiado caliente.

—Tan caliente como que van a convertir a nuestro planeta en una especie de sol. No me extrañaría que todos los océanos se pusieran a hervir hasta el punto de que toda el agua se transformara en vapor que envolviera al planeta, privándolo de la luz solar e impidiendo al mismo tiempo que el calor generado se enfriara aprisa.

—Se me ocurre observar —intervino Who-Sy que lo que hay en el contenedor podría ser algo, no sé el qué, si un artefacto o algún producto ultra secreto que sirva para condensar de nuevo y rápidamente la inmensa nube de vapor recalentado que va a envolver al planeta para que el agua vuelva a ser líquida y ocupe los lugares que le corresponden.

—Yo, como Herbert, opino que están locos, si por exceso de calor el agua se transforma en vapor recalentado que ascenderá a centenares de kilómetros en torno al planeta, los fondos oceánicos se vaciarán y el agua no deja de presionar con su masa, con su peso, manteniendo unos equilibrios geológicos que, al romperse por falta de la gran masa marina que ocupa la mayor parte de la superficie terrestre, hará que las placas continentales y las submarinas se muevan, provocando terremotos en cadena. Se hundirán cordilleras enteras y aparecerán otras nuevas.

—Y surgirán volcanes por todas partes. El magma ígneo brotará por todas las grietas y en vez de ríos de agua, habrá grandes ríos de lava, mares de lava… Será el apocalipsis.

—De todos modos… —observó Who-Sy, siempre razonador.

—¿De todos modos, qué?

—Los refugios atómicos de alta seguridad son como enormes cajas de acero y hormigón prensado que pueden conservarse sin romperse dentro del subsuelo terrestre hasta que cesen los movimientos sísmicos. Incluso, pueden quedar rodeados de magma candente sin destruirse; no en vano son de alta seguridad.

—¿Y luego? —preguntó Herbert.

—¿Luego? —Who-Sy meditó unos instantes antes de contestar—. Pues, tienen mecanotopos y toda clase de instrumental adecuado para comenzar a perforar hasta encontrar la superficie.

—No estoy tan seguro —gruñó Herbert—. Prefiero estar lejos, muy lejos de allí. Si quieren la guerra atómica total es que están locos, locos de atar. Los que ganen, habrán perdido también.

—Ya no se puede evitar. Nosotros sólo seremos espectadores de cuanto ocurra, el destino está echado. Somos los cancerberos de algo precioso que el gobierno de la federación Verde no desea que se destruya, pero ignoramos de qué se trata.

—Mejor sería saberlo —opinó Herbert.

—Pues yo pienso que quizá es mejor que no lo sepamos.

CAPÍTULO IV

El laboratorio Zeta 55 apareció en su pantalla de telescopía electrónica.

Los tres cosmonautas independientes lo observaron con atención, quizás temiendo que aquel gran complejo espacial pudiera convertirse en su lugar de residencia durante mucho tiempo.

Si ocurría la guerra total, se verían obligados a permanecer refugiados allí durante un largo plazo.

—Hay que admitir que ese laboratorio es grande —dijo Herbert.

Who-Sy añadió:

—Su capacidad de maniobra debe ser muy baja, lo mismo que su velocidad de crucero. No creo que posea motores suficientemente potentes como para lanzar todo ese complejo a un mach-luz.

—Si lo dices por la posibilidad de ser atacada, no hay que preocuparse en exceso; parece que no se mantiene quieta en ningún punto fijo del espacio.

Herbert indicó:

—Creo que hay que preparar la aproximación.

—Según las órdenes, hay que aguardar a que sean los del laboratorio los que abran la telecomunicación.

—Por mi parte, está todo listo —advirtió Who-Sy.

—Atención, atención, aquí Zeta 55 hablando a Ferotge 21…

Lluc Xaloc interrogó a Who-Sy con la mirada; éste asintió y Xaloc abrió la telecomunicación para dar su respuesta.

—Aquí Ferotge 21 contestando a Zeta 55…

—Realicen una aproximación lenta y hagan la toma de contacto sobre la gran plataforma superior de la Zeta 55. Repito, hagan aproximación y toma de contacto sobre la plataforma superior de la Zeta 55.

—Comprendido —aceptó Xaloc—. ¿Con quién estoy hablando?

La voz femenina, que había estado hablando con firmeza, respondió sin titubeos:

—Bruna Castell, directora responsable del laboratorio Zeta 55.

—Bien, Bruna Castell, yo soy Lluc Xaloc. Conmigo viajan Herbert y Who-Sy.

—Pronto nos veremos personalmente, las órdenes que tengo son de no enviar teleimagen.

—Sí, nosotros tenemos las mismas órdenes —admitió Xaloc.

El acercamiento y posterior toma de contacto de la cosmonave Ferotge 21 con el laboratorio espacial, resultó perfecta.

No hubo brusquedades, la panza de la cosmonave frotó lentamente el tubo-pasillo anillado que buscó la escotilla correspondiente del laboratorio espacial y allí quedó acoplada herméticamente. Luego se llenó de aire y Herbert dijo:

—Presión siete cinco cinco dentro del pasadizo unión.

Lluc Xaloc dijo entonces:

—Me voy a ver a esa responsable del laboratorio espacial, veremos qué tal es. Si me da gruñidos, os pediré socorro para que acudáis en mi ayuda.

—Eso de no poder verla a través de la pantalla —rezongó Herbert—. En fin, pronto la veremos personalmente. Esperemos que haya más mujeres. No tengo ni la más remota idea de la cantidad de personas que pueda haber ahí dentro, el laboratorio se ve muy grande.

—Pronto os lo diré.

Lluc Xaloc abandonó la cabina de mando y se dirigió a la escotilla que daba acceso al túnel anillado que, como un gigantesco cordón umbilical, unía ambas cosmonaves.

Abrió la escotilla y se internó por el pasillo anillado. Todo estaba en orden, se respiraba bien y la iluminación era perfecta.

Cuando llegó al extremo opuesto de aquel pasadizo móvil y adaptable, se encontró con la escotilla del laboratorio espacial ya abierta.

Un hombre uniformado, con graduación de capitán de las fuerzas milicianas Verdes, salió a su encuentro.

—¿Lluc Xaloc?

—Sí.

—Soy el capitán Williamson.

—Bien, capitán. Creí que no había milicianos aquí.

—Tiene que haberlos. Hay que contar siempre con la posibilidad de

ser atacados. Sígame.

Guiado por el capitán Williamson, Xaloc se adentró en el laboratorio espacial que resultó grande y complejo.

—¿Hay mucho personal aquí? —preguntó.

—El suficiente y adecuado —contestó el capitán, evasivo, sin dar opción a nuevas preguntas.

Xaloc comprendió que no iba a sacarle mucho a aquel capitán de aspecto hosco que parecía muy preocupado en su función de miliciano, su uniforme y todo lo que ello representaba.

El capitán Williamson era un hombre alto, más bien delgado, de rostro adusto y nariz aguileña. Tenía ligeramente salido el labio inferior, lo que parecía indicar que era dado a la soberbia.

Se introdujeron en un ascensor descendente. Salieron de él y subieron a un suelo deslizante que les condujo a través de un largo corredor hasta una puerta que se abrió automáticamente.

El despacho era grande, confortable, con amplios miradores al espacio, a un bellísimo panorama de miríadas de estrellas punteando sobre un cielo negro.

En el despacho había varios terminales de control y recepción de datos, pero lo que más le llamó la atención fue la mujer que allí estaba, mirándole con sus grandes ojos verdes.

—¿Es usted Bruna Castell? —le preguntó Xaloc.

—Sí, yo soy. ¿Es usted Lluc Xaloc?

—Exacto. Y él —señaló al militar— es el capitán Williamson. Creo que todos empezamos a conocernos.

—Sí, no sé el tiempo que deberemos convivir en este laboratorio —

le observó Bruna Castell, levantándose y tendiéndole la mano para ser estrechada. Ambos eran civiles.

—¿Se lo han contado todo? —preguntó Xaloc.

—¿A qué se refiere al decir todo? —inquirió ella.

—Pues a la guerra inminente entre las dos federaciones.

El capitán Williamson carraspeó con deseos de intervenir.

Su postura era escéptica.

—La guerra total no llegará jamás. Sería un error que los comandantes generales de ambas milicias jamás cometerán.

—Yo no estoy tan seguro de los talentos y el raciocinio de ustedes los milicianos —objetó Xaloc, irónico.

Bruna Castell comprendió que entre ambos, de inmediato nada más verse, se había entablado una rivalidad que ella debería suavizar en lo posible si quería que la convivencia dentro del laboratorio Zeta 55 fuera la deseada.

—¿Cómo ha ido el viaje hasta aquí?

—Bien, sin tropiezos.

—¿Y el contenedor?

—En perfectas condiciones.

—Dentro de dieciséis horas lo trasladaremos a su emplazamiento definitivo.

—¿Van a llevarlo al interior del laboratorio? —preguntó Xaloc.

—Ya tiene un lugar destinado, con los anclajes adecuados.

—¿Puedo preguntar algo?

El miliciano y Bruna Castell, directora responsable de aquel laboratorio de investigación civil, le observaron interrogantes.

—Sí, claro que puede preguntar.

—Bien, ¿que hay dentro del contenedor?

El capitán y Bruna se miraron entre sí. Después, ambos miraron a Xaloc y fue ella quien dijo:

—No lo sé.

—¿Y usted?

El miliciano se encogió de hombros.

—Tampoco.

—Entonces, ¿nadie sabe lo que hay dentro?

—Yo estoy aquí al mando de unas armas defensivas por si somos atacados en el espacio, cosa muy improbable e hipotética, pero que debe tenerse en cuenta según los mandos. Las normas para cualquier cosmonave grande o laboratorio espacial exigen que posea un sistema de autodefensa. Esa es mi misión aquí y, la verdad, no creo que tenga que intervenir jamás. Estamos lejos del planeta Tierra y, no sólo eso, si no que cambiamos constantemente de emplazamiento. Nuestra localización es muy difícil, puesto que las telecomunicaciones son escasas, muy selectivas y rigurosas y, por si fuera poco, en clave.

Lluc Xaloc, mirando a Bruna Castell, masculló:

—¿De modo que me envían aquí transportando un contenedor de alto secreto para que se quede al margen de una guerra total y nadie

sabe lo que contiene?

—No, no lo sabemos; nosotros cumplimos órdenes —puntualizó la joven.

El capitán Williamson advirtió:

—Yo me haré cargo de que nadie lo toque.

—Está bien, es su problema. Cuando quieran, lo sacaremos de mi cosmonave o si lo prefieren, seguimos guardándolo en la bodega.

—No, no; mis órdenes son de que el Contenedor debe ser colocado en el sitio previsto.

—Pero, ¿por qué y para qué?

—No haga tantas preguntas, Xaloc; nosotros nos limitamos a cumplir órdenes, sin preguntar por qué y para qué —le objetó ligeramente autoritario, el capitán Williamson.

—Ursus es el nombre de mi robot, él también obedece sin preguntar por qué y para qué.

—¿Trata de insultarnos llamándonos robots? —inquirió el capitán, ahora desafiante.

—Verá, capitán, yo tengo la manía de preguntar porque sé que cualquier cosa gorda puede afectarme, aunque sea de una manera secundaria.

—¿Y qué cosa puede perjudicarle?

—No sé, pero yo también soy hijo del planeta Tierra y me revienta que ustedes los milicianos de uno y otro bando se empeñen en jugar a la guerra a ver si lo destruyen todo.

—Es usted bastante insolente, pero creo que no se le puede

reprochar teniendo en cuenta que sólo es un aventurero del espacio. Hoy hace un transporte y mañana, quién sabe, quizás busque metales en algún asteroide errante.

—Si merezco tan poca confianza —le replicó Xaloc—, ¿por qué el presidente de la Federación Verde ha confiado en mí para realizar este transporte tan importante?

—Quizás no sea tan importante como usted supone, pueden haberlo utilizado para despistar.

—¿Despistar a quién?

—No lo sé, no es mi problema.

—Caballeros, creo que hemos de llegar a una entente puesto que hemos de vivir juntos durante algún tiempo, a menos que usted, Xaloc, decida marcharse.

—No tengo prisa por largarme. Me temo que, aunque el capitán Williamson opine lo contrario, la guerra total es inminente e inevitable.

—Esos no son los datos que han llegado hasta mí. Según mis informes…

Antes de que pudiera continuar, Lluc Xaloc, le cortó rápido diciéndole:

—A usted lo han puesto aquí para contar estrellas.

—No le toleraré que…

—Basta, por favor —pidió Bruna—. Esperemos los acontecimientos, comandante Xaloc, no nos precipitemos.

—No me llame comandante, por favor. No uso esa jerarquía ni entre mis compañeros de tripulación.

—Usted, según las normas, es comandante de su cosmonave. De no ser así, no tendría poderes para pilotarla —le objetó el capitán Williamson.

—Bruna —le dijo Xaloc, sin desear entrar en más polémicas— llámeme Lluc, es más corto.

—De acuerdo, Lluc.

CAPÍTULO V

La rampa principal de la cosmonave Ferotge 21 se hallaba abierta y por ella descendía lentamente el pesado contenedor cilíndrico en forma de gran cartucho herméticamente cerrado.

Cuantos participaban en la operación por su parte externa vestían los trajes de supervivencia espacial.

Caminaban por la plataforma calzados con botas magnéticas y automonocohetes adosados a la espalda para poder trasladarse de un lugar a otro con rapidez.

El robot Ursus también participaba en la maniobra de traslado del gran contenedor que si en el espacio *no* pesaba nada, por su volumen era un riesgo constante. Cualquier choque podía provocar desperfectos.

Desde su cabina de mando, Lluc Xaloc controlaba los cables de sujeción mientras el contenedor no pasaba totalmente a manos de los servidores del laboratorio Zeta 55.

El contenedor se puso a flotar y en uno de sus movimientos aprisionó a uno de los servidores del laboratorio contra una pared de la cosmonave.

—¡Ursus, Ursus!

—Ursus a la escucha, Ursus a la escucha.

—¡Rápido, acude a tu derecha! ¡Hay un humano en peligro! ¡Separa el contenedor de la pared!

—Orden recibida, orden recibida… Humano en peligro, humano en peligro. Separar contenedor de pared, separar contenedor de pared.

Xaloc abandonó la cabina. Como ya llevaba puesto el traje espacial, se dirigió apresuradamente a uno de los tubos de evacuación ultrarrápida.

Se metió dentro, cerró la escotilla y por control remoto, activó el mecanismo de disparo.

Se sintió catapultado hacia el exterior como si fuera un cohete y ya en el espacio, se vio lejos de la cosmonave *Ferotge 21* y del laboratorio *Zeta 55*. De inmediato, puso en marcha el automonocohete que llevaba cogido a la espalda.

Brotó el chorro ígneo y propulsor a su espalda y voló por el espacio describiendo una curva para rodear los grandes ingenios espaciales.

Gracias al automonocohete, llegó antes que nadie al lugar donde el servidor se veía aprisionado contra la pared y al parecer se estaba asfixiando, de manera que ni podía pedir auxilio. Xaloc lo había visto gracias a las cámaras de telescopia electrónica.

Ursus estaba allí, empujando el contenedor con su gran fuerza para separarlo y liberar al servidor aprisionado.

—Más fuerza, Ursus, más fuerza —le pidió Xaloc.

—¿Qué hacen? —inquirió la voz del capitán Williamson a través de los telecomunicadores.

—Empujar el contenedor.

—¡Cuidado, lo pueden desplazar! —gritó el capitán Williamson.

—Es lo que pretendo —le replicó Xaloc.

Mientras Ursus aumentaba sus fuerzas al máximo y empujaba el contenedor con sus tenazas articuladas, Xaloc liberó al servidor aprisionado, que se desmayó, posiblemente por falta de respiración. Lluc lo miró y observó entonces:

—Si es una chica…

Ursus, a su lado, quedó inmóvil de pronto.

—¡Ursus, Ursus!

El robot no respondió, pero Lluc Xaloc no podía perder tiempo con él y se llevó a la joven accidentada elevándose con el automonocohete hasta la puerta de acceso a su cosmonave *Ferotge 21*. Cerró la puerta, ya en la pequeña cámara de presurización.

Cuando la atmósfera estuvo regulada, abrió la puerta que daba acceso al interior de la cosmonave. Una vez dentro, le quitó el yelmo que protegía su cabeza.

La muchacha, pues era muy joven, se estaba amoratando. El proceso cianótico se aceleraba en su rostro y sin tiempo para quitarle el traje de supervivencia y desnudarla, aplicó sus labios a los femeninos y le llenó los pulmones con su propio aire. Así, por espacio de varios minutos hasta que el color azulado fue desapareciendo de su rostro y sus ojos comenzaron a moverse.

—Aguanta un poco, el traje te oprime.

Le quitó el traje y la joven apareció cubierta por unas ajustadas *panties* y la camisa. La tomó entre sus brazos y la llevó a una de las literas donde la tendió.

—¿Me oyes?

—Sí —dijo ella débilmente.

—Hay médico en el laboratorio.

—Si.
—¿Quién es?

—La doctora Castell, la directora.

—Vaya, no lo sabía; la llamaré de inmediato.

Más, ya había entrado en la cosmonave *Ferotge 21* la doctora Castell, corriendo por su interior.

—¡Nadia, Nadia! —interpeló nerviosa.

—Está aquí —le dijo Xaloc con voz suficientemente alta para ser oído.

Bruna Castell llegó junto a ellos. Nada más mirar a la joven tendida, le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Bien, gracias a él —le señaló con el dedo.

—Era cuestión de minutos; sin embargo, tendrá que mirarle las costillas. Ha sufrido una presión excesiva que le ha cortado la respiración.

—Sí, haremos un chequeo detenido. —Se volvió hacia Xaloc diciéndole—: Gracias por intervenir.

—La he salvado yo porque he sido yo quién la ha visto; otro, en mi lugar, habría hecho lo mismo.

—La trasladaremos al laboratorio en seguida.

—No es necesario que se apresuren; puede descansar aquí, por lo menos hasta que el contenedor esté emplazado en su lugar definitivo.

—¿Te encuentras bien como para quedarte aquí hasta que todo el trasvase haya terminado? —le preguntó Bruna a Nadia.

—Sí, me encuentro bien; no se preocupe por mí.

—Bien, ahora vamos a ver cómo funciona todo.

Lluc Xaloc se llevó a Bruna Castell a la cabina de mando y le mostró las pantallas de telescopia electrónica en las que podían seguir fielmente los movimientos del trasvase del gran contenedor de la Ferotge 21 al laboratorio Zeta 55.

El gran contenedor ya estaba siendo deslizado por uno de los lados del gran laboratorio espacial, encajando en unas guías que hicieron que el contenedor quedara bien sujeto, libre ya de los cables que salían del interior de la cosmonave Ferotge 21.

—¿Esas guías estaban construidas expresamente para esta carga? —inquirió Xaloc.

—No lo sé —respondió Bruna— quizás: no soy ingeniero espacial. También es posible que conociendo los planos del casco exterior del laboratorio Zeta 55 hayan acoplado las medidas del contenedor con las guías que aquí poseemos.

—Sí, es posible; pero me da que pensar.

—¿Pensar qué? —preguntó Bruna Castell.

—Pues, que al construir este laboratorio espacial hubieran contado ya con la posibilidad de utilizarlo para acoger ese contenedor si se presentaba el caso.

—Hace más de diez mil horas que este laboratorio espacial navega por el cosmos, sería mucho prever.

—Casi siempre que se construye un ingenio espacial aunque sea civil y en apariencia inocuo, se prevé que pueda ser adaptado para la utilización miliciana.

—No estoy yo muy convencida de ello.

—Pues yo sí. Hay investigaciones en las que se invierte mucho dinero, trabajo y servidores y, sin embargo, lo que se pretende investigar no tiene el suficiente valor compensatorio.

—¿Insinúa que lo que estamos investigando en este laboratorio no vale nada, que no tiene mérito ni valor alguno? —inquirió ella molesta, chispeándole los ojos.

—Yo no digo tal cosa.

—Entonces, ¿qué he de deducir de sus palabras?

—Las investigaciones que lleven a cabo pueden ser muy interesantes, no lo dudo, pero ese contenedor me hace pensar que este laboratorio no fue puesto en el espacio para investigar aunque esa haya sido su función hasta este momento.

—No estoy en absoluto de acuerdo con sus opiniones.

—Es su derecho a equivocarse.

Los ojos de Bruna Castell llameaban, no estaba acostumbrada a que le hablaran de semejante forma.

—Creí que el capitán Williamson había sido un poco duro con usted, pero ahora compruebo que sólo ha hecho que responder a las provocaciones de un cínico aventurero.

Lluc Xaloc se la quedó mirando, apartando sus ojos de las pantallas visoras de telescopia electrónica.

—Es posible que sea un aventurero, es posible que también sea un cínico, pero lo cierto es que no me muerdo la lengua y digo lo que en mi opinión está mal o me huele mal en alguna parte.

—¿Y si ve algo malo en ese contenedor —preguntó mordiente, tratando de sonreír—, por qué lo ha traído?

—Porque me han pagado diez millones en oro y porque era una oportunidad de largarme de una guerra suicida, reprobable desde todos los puntos.

—Una guerra que no se ha producido aún, señor sabelotodo.

CAPÍTULO VI

—¿Cómo está Ursus?

Who-Sy hizo un par de conexiones. Oprimió una palanca de un tablero de conductores energéticos y brotaron unos rayos que incidieron sobre un punto de la cabeza artificial del robot.

Mientras aquellos rayos se producían, explicó:

—Es curioso, pero se quedó totalmente sin energía.

—¿Un fallo electrónico?

—No, no es eso. Se ha quedado limpio de energía como si algo se la hubiera succionado por completo.

—¿No tendría una fuga?

—No.

—¿Entonces?

—Creo que, a través de sus tenazas articuladas, la energía ha escapado de él hacia otra parte.

—¿El contenedor?

—Puede.

—¿Crees que el contenedor, pese a su blindaje que es evidente, puede succionar energía?

—Parece que sí, aunque ha sido preciso un contacto metálico.

—¿No había peligro de que succionara la energía de nuestra cosmonave?

—No, porque no había un contacto directo metálico que facilitara la conducción o puente de energía de un lugar a otro.

Quedó un instante pensativo mientras Ursus se reactivaba, luego, se volvió hacia Who-Sy y preguntó:

—¿Puedes investigar en torno al contenedor?

—¿Investigar, hasta qué punto?

—Hasta donde haga falta. Es posible que haya riesgos.

—Investigaré.

—Yo estaré contigo hasta donde haga falta, hasta la muerte si es preciso.

—Y yo también —dijo, Herbert, que acababa de oír las últimas palabras.

—Investigaré a fondo, pese a que el blindaje es muy grueso.

—Tú conoces los más oscuros secretos de la física y la electrónica, Who-Sy.

—Sí, por eso me contrataste —admitió el oriental, sonriente.

—Sí; pero más que contratarte eres un socio, Who-Sy.

—Es cierto.

—Y yo también —añadió el fornido Herbert.

—Bien, tengo mucho interés en averiguar lo que hay dentro de ese contenedor tan herméticamente cerrado y que ha quedado fijado bajo la panza del laboratorio Zeta 55.

Herbert inquirió:

—¿Qué temes, en realidad?

—No lo sé, algo oscuro pero no sé el qué.

Who-Sy cortó la recarga de Ursus que, tras unos instantes de quietud, se puso en marcha. Su voz de bocina dijo:

—Ursus en activo, Ursus en activo. Esperando órdenes, esperando órdenes, esperando órdenes, esperando órdenes…

—¡Basta, Ursus! —le cortó Xaloc.

Ursus quedó inmóvil, pero una luz parpadeante seguía funcionando en la campana de cristal que constituía su cabeza.

—¿Cómo está Nadia?

Herbert, que acababa de visitarla, explicó:

—Bien, sólo tiene una fisura de costilla, poca cosa. La doctora Castell dice que se repondrá pronto y espero que sea así, es una chica encantadora. Lo que temo es que el capitán Williamson no nos mira con muy buenos ojos.

—¿Has podido averiguar cuánta gente hay?

—No; pero calculando por lo bajo, habrá algo más de medio centenar de personas, entre servidores y científicos.

—¿Y milicianos?

—Media docena, quizás un poco más; no estoy seguro. Si hago preguntas, van a tomarme por sospechoso.

—No somos espías, Herbert; sólo quería tener una idea de lo que es este laboratorio que me huele a podrido con sus caldos de cultivo de virus y bacterias.

—Media docena de milicianos no es mucho —opinó Who-Sy.

* * *

—Todos los sistemas defensivos en perfecto orden, mi capitán.

Williamson miró a su subordinado que estaba ante él en actitud de firme y respondió:

—Bien, luego haré una revisión.

—Lo que usted ordene, mi capitán.

El capitán Williamson se dirigió al laboratorio «Uno».

Allí, entre otros investigadores, encontró a la doctora Castell que estaba tomando una grabación videoholográfica con su microscopio electrónico de una muestra de cultivo vírico.

—¿Cómo va eso, doctora Bruna?

—Bien, bien. El crecimiento de virus y bacterias sin gravedad y con el llamado abono cósmico es favorable.

—¿No será peligroso que esos virus engorden demasiado?

—Están controlados, capitán, muy controlados.

—¿No existe el riesgo de que algún vaso o recipiente se rompa?

—Tenemos mucho cuidado de que eso no suceda. Estas investigaciones son muy importantes.

—Lo creo, por eso la Federación Verde invirtió tanto dinero en este laboratorio espacial.

—¿Usted piensa que es importante?

—Claro.

—Menos mal que alguien lo cree, aunque todavía no hayamos enviado informes completos a la superioridad.

—Si consigue evitar enfermedades extrañas que se han dado en el espacio entre los cosmonautas, será merecedora de un gran premio.

—No busco el premio, sino la defensa de nuestros organismos frente a las invasiones víricas y bacterianas. Si estamos preparados, podremos explorar nuevos mundos con mayor facilidad. Cualquier virus o bacteria que nosotros llevamos encima sin apercibirnos de ello, en otros medios distintos puede morir o bien reactivarse y reproducirse con una gran rapidez y virulencia. También puede suceder que su tamaño aumente, lo que sería fatal para nosotros.

—¿Y esas mutaciones que sufren los virus y las bacterias no podemos sufrirlas nosotros también? Ya me entiende, mutaciones cromosómicas que alteren nuestro aspecto futuro.

—Sí; estoy segura de que no sólo se pueden producir, sino que se producirán si no extremamos todos los cuidados. No obstante, el aire siempre está filtrado.

—Sí, el aire, la gravedad, el tiempo de sueño, etcétera, todo está controlado.

—La necesidad crea el órgano, es un axioma médico. Si sometemos a nuestros cuerpos a unas circunstancias distintas a las que normalmente debiéramos tener, lo mutaremos, adaptándolo a ese nuevo ambiente.

—La ciencia es apasionante, doctora —admitió el capitán—. Por cierto, ¿qué hacen nuestros huéspedes, los aventureros?

—No sé, van y vienen, creo que buscan un poco de diversión.

—¿No sería mejor pedirles que se fueran a cualquier asteroide errante a buscar riquezas minerales?

—No puedo exigirles que se marchen. La superioridad les pidió que se quedaran aquí para no despertar sospechas de su viaje trayendo el contenedor secreto hasta el laboratorio espacial.

—Daré orden de que sean vigilados.

—No los incordie, capitán; son hombres acostumbrados a ser indisciplinados y no quisiera provocar riñas innecesarias. Ellos, por desgracia, no están obligados a someterse a la disciplina que tenemos en el laboratorio Zeta 55.

—Sí, es así mientras permanezcan en su cosmonave, pero si pasan a las dependencias del laboratorio deben someterse a las ordenanzas aquí vigentes.

—Es cierto; pero van a estar poco tiempo y han sido enviados por la mismísima presidencia.

—No obstante, hay que vigilarles. Han venido con ideas insensatas y catastróficas de que es inminente una guerra total y eso puede crear un mal ambiente entre, la colonia que vive en este laboratorio. Todos tenemos familiares en el planeta Tierra al que pensamos regresar más tarde o más temprano.

—Sí, son un poco sensacionalistas; no obstante…

—¿Qué doctora?

—¿Por qué traer ese contenedor secreto hasta aquí?

—Lo ignoro. Me limito a obedecer órdenes y si la superioridad dice que ese contenedor debe estar aquí algún tiempo, así se hará.

—Sí, claro, hay que obedecer —se resignó Bruna Castell.

—¿Cómo podemos esperar ser obedecidos si nosotros no obedecemos a nuestros superiores?

—Tiene razón, capitán, toda la razón; pero me temo…

—¿Qué? —preguntó al ver la pausa larga e intencionada que ella hacía.

—Que ellos no están equivocados.

—Doctora, estamos demasiado influenciados porque esos aventureros han venido por encargo de nuestro gobierno. Si los encargados han sido ellos, habrá algún motivo que lo justifique, un motivo que a nosotros no debe interesarnos.

Bruna Castell asintió, pese a no estar convencida. No podía olvidar que la evolución científica, filosófica y tecnológica de la humanidad terrícola a lo largo de los milenios se debía a seres que no habían frenado su curiosidad pese a las prohibiciones imperantes. Pero no podía decirle lo que pensaba al capitán Williamson, él no lo entendería jamás.

Por otra parte, aún le quemaban los oídos las palabras que le dirigiera Lluc Xaloc, aquel hombre alto, de cabello cobrizo casi metálico con un abundante bigote de largas guías y unos ojos penetrantes, cínicos y socarrones que ejercían una gran atracción sobre ella, lo que le producía cierto temor.

Se había propuesto ser una mujer fría, dedicada totalmente a su profesión investigadora en el espacio sideral. Pero, de súbito, la presencia de aquel hombre, un cosmonauta aventurero de ojos socarrones que parecían leer en su mente, había despertado algo dentro de su cuerpo, en todas las fibras sensitivas de su ser, que creía tener bien dominado y dormido.

CAPÍTULO VII

Who-Sy parecía un insecto volando en torno a los gigantescos ingenios espaciales.

Se movía gracias a su automonocohete y sabía que sus compañeros y amigos no le perdían de vista. Si le sucedía algo, saldrían en su ayuda.

Who-Sy llevaba consigo un equipo pequeño pero muy completo de sensores electrónicos y con ellos se aproximó al contenedor que se hallaba bien sujeto bajo la panza del laboratorio espacial, Zeta 55.

Una vez allí, comenzó a pegar sus sensores al blindaje al tiempo que buscaba junturas y posibles resortes.

Absorto en su labor, de pronto vio aparecer a dos milicianos armados que se le acercaban caminando gracias a sus botas magnéticas.

Ellos no portaban a su espalda automonocohete, pero sus armas eran suficientemente efectivas y contundentes para que Who-Sy no intentara escapar.

—¿Qué hace ahí? —le preguntó uno de los milicianos a través de su telecomunicador.

—Nada, observo.

—¿Qué observa?

—El contenedor, por si hubiera sufrido alguna avería.

—Síganos y no trate de escapar o dispararemos.

—No digan tonterías —replicó Who-Sy—. Soy uno de los miembros de la tripulación de la Ferotge 21.

—Síganos o nos veremos obligados a usar nuestras armas —insistieron.

Who-Sy se preguntó si aquellos dos milicianos serían capaces de disparar contra él que iba totalmente desarmado; más, se dijo que eran milicianos y todo dependía de las órdenes que hubieran recibido al respecto. Lo más adecuado era no exponerse a que le dejaran desintegrado en el espacio.

—Está bien, les sigo; pero cometen un error.

—Camine entre nosotros y no ponga en marcha el automonocohete o dispararemos —le advirtieron.

Who-Sy, más meditativo y menos impulsivo que Herbert o Xaloc optó por seguir a los milicianos sin provocarles. Le obligaron a introducirse por una compuerta y de allí, tras la obligada presurización, pasó al interior de las dependencias del laboratorio espacial.

—¿Y ahora qué? Avisen a Lluc Xaloc.

—Camine —le insistieron.

Con las armas, le obligaron a seguir adelante.

Lo llevaron a una estancia sin más ventana que el agujero de respiración y cerraron la puerta tras comprobar que no llevaba armas consigo.

—Eh, déjenme salir; no soy ningún prisionero —protestó Who-Sy.

El oriental terrícola suspiró. Tras esperar unos minutos que supuso utilizarían los milicianos para presentarse al capitán Williamson, aplicó uno de sus pequeños aparatos electrónicos a la puerta.

Movió unas ruedecitas y esperó hasta que la puerta se abriera.

Who-Sy sonrió. Había conseguido liberarse abriendo electrónicamente la puerta que para los milicianos estaba bien cerrada; no suponían que el prisionero podría escapar por ella.

Who-Sy se alejó por el corredor hasta encontrar un ascensor. Se metió en él con todo su pesado y complicado traje de supervivencia espacial, incluido el automonocohete a la espalda.

De pronto, al pasar por una de las plantas, descubrió a los milicianos que le habían capturado y junto a ellos estaba el capitán Williamson pero sin traje espacial. Ellos, a su vez, también le vieron a él.

—¡Deténgase! —le ordenaron a través del intercomunicador.

—Lo siento, no oigo, tengo el receptor averiado —respondió Who-Sy sin vacilar mientras abandonaba el ascensor un piso más arriba.

Sabía que comenzaría la persecución, que el capitán Williamson ordenaría por telecomunicación a sus milicianos que le cortaran el paso empleando las armas si se resistía.

Su única salida era la rapidez, pero con el traje espacial, la rapidez era imposible hasta que optó por la solución extrema, es decir, poner en marcha el automonocohete que llevaba fijado a su espalda mediante correas adecuadas.

Se inclinó hacia delante y salió volando como si todo él fuera un cohete.

Varios servidores del laboratorio le vieron pasar y se apartaron rápidamente. Dos milicianos trataron de enfrentársele, pero ya era tarde.

No habían conseguido apuntarle con sus armas cuando Who-Sy, que volaba gracias al automonocohete, les golpeó con el casco de acero cristal, desafiándoles.

—Espero que no os haga daño —rezongó mientras enfilaba hacia el pasadizo anillado que unía ambos ingenios espaciales.

Detuvo el automonocohete para que el poder calorífico del mismo no llegara a quemar las paredes del pasadizo y, a pie, corrió por él hasta llegar a la cosmonave Ferotge 21 donde Lluc Xaloc estaba esperándole.

—No temas, vete a cambiar —le dijo, y cerró la escotilla para que los milicianos no irrumpieran en la cosmonave de forma sorpresiva.

Luego, se volvió hacia Who-Sy, que procedía a quitarse el traje espacial.

—¿Estás bien?

—Sí, me han capturado pero he logrado escapar.

—Sí, eso he supuesto.

—Me han sorprendido pegado al contenedor. Me temo que los milicianos del capitán Williamson nos están vigilando, de otro modo no me explico cómo ya estaban listos para sorprenderme.

—Bien, ya estás a salvo. ¿Qué has averiguado?

—No podría jurarlo, pero es algo muy importante.

—¿El qué? —apremió Xaloc con ansiedad.

—Insisto en que no puedo asegurar nada, pues, sea lo que fuere, se halla dentro del contenedor, que es muy sólido, con un blindaje nada común.

—Pero, algo sospechas, ¿no?

—Sí.

—¿Y bien?

—Creo que hay una fortísima concentración de energía.

—¿Una fortísima concentración de energía? ¿Qué clase de energía?

—Juraría que una aleación enriquecida de plutonio e *iridium* mil cincuenta.

—Esa mezcla es imposible.

—No es imposible, teóricamente.

—En la práctica, sí. Provocaría una explosión de consecuencias imprevisibles, superiores a todo lo conocido.

—Exacto, ésa es mi sospecha.

—¿Una bomba?

—Una bomba, no —le rectificó—; la superbomba.

Xaloc quedó pensativo. Luego, despacio, preguntó:

—¿Crees que ese contenedor lleva dentro la superbomba?

—No puedo asegurarlo, pero después de los datos que he podido averiguar electrónicamente a través del blindaje, diría que sí. Ya sabes cuál es el principio. Una absorción brutal de energía que al llegar a cierta concentración invierte el proceso físico y esa superenergía se expande, desintegrando los átomos, no sólo los que tiene al lado, sino en un millón de kilómetros alrededor.

—En una ocasión oí hablar de la posibilidad de crear esa superbomba, pero los científicos dijeron que era imposible, entre otras cosas porque durante el período de su construcción se corría el riesgo de que debido a una gran inestabilidad estallase espontáneamente y desintegrara al planeta Tierra.

—Exacto, pero se arriesgaron y la han construido, si no me equivoco.

—¿Arriesgándose tanto?

—Quizás los científicos hallaron la forma de colocarle algunos elementos de seguridad que les han permitido construirla y llevar a cabo los traslados con un mínimo de garantías.

—De modo que al final, pese a que se dijo que no era posible, construyeron la superbomba.

—Eso parece.

—¿Y para qué?

—La superbomba no tiene otro objetivo que la destrucción total. Si estallara en el planeta Tierra, no se salvaría nadie, porque el planeta se convertiría en una especie de Sol y así, por milenios y milenios.

En aquel momento golpearon por el lado opuesto de la escotilla, pero Lluc Xaloc la mantuvo cerrada, sin responder, cuando se escuchó la voz de Herbert por el telecomunicador.

—Lluc, ¿me escuchas?

—Sí, Herbert.

—Hay un tipo en pantalla que quiere hablar contigo.

—Dile que ahora voy.

Xaloc dio una palmadita en la espalda de Who-Sy y fue al encuentro de Herbert, que le esperaba en la cabina de pilotaje.

En la pantalla de telecomunicación se encontró la imagen del capitán Williamson.

—Comandante Xaloc…

—Por favor, llámeme Lluc —le dijo, amigable, para suavizar un tanto la tensión. Ambos se estaban viendo en las respectivas pantallas de televisión que tenían delante.

—No estoy para bromas, comandante Xaloc.

—Entonces, si no quiere explicarme ningún chiste, ¿para qué me llama?

La transmisión era perfecta y por tanto se pudo constatar la palidez que invadió el rostro del capitán Williamson. Luego, le subió el color antes de decir:

—Dígale a Who-Sy que está arrestado y que se presente de inmediato en el laboratorio espacial a cualquiera de mis hombres.

—¿Ha bebido, capitán Williamson?

—¿Cómo se atreve?

—¿De verdad ha creído que puede arrestar a uno de mis hombres?

—Naturalmente.

—¿Por qué?

—Le han sorprendido en el contenedor que es material secreto.

—Que idiotez. Ese contenedor lo hemos tenido tiempo sobrado en la cosmonave Ferotge 21. Si hubiéramos querido abrirlo, ya lo habríamos

hecho y usted y sus hombres no se hubieran enterado. Who-Sy estaba dando un paseo, eso es todo, no desborde el problema.

—Mis hombres le han sorprendido en el contenedor y le han arrestado; luego, Who-Sy se ha fugado.

—Who-Sy, está en la Ferotge 21.

—Ya lo sé, por eso le pido de buenas maneras que Who-Sy venga por su propio pie hasta mí. Después, cuando me cuente lo que hacía, veremos qué decisión tomo.

—Capitán Williamson, se excede usted en sus atribuciones. Como usted bien ha dicho, dentro de la Ferotge 21 el comandante soy yo y nadie más que yo y no me someto a ninguna orden mientras me halle en el espacio.

—Pero, su cosmonave está acogida al laboratorio Zeta 55…

—Bueno, puedo separarme unas pulgadas para que esté contento. Vamos, capitán Williamson, no se ponga quisquilloso o tendré que acusarle de abuso de autoridad.

—¿Cómo, abuso de autoridad, dice?

—Sí, y estando en el espacio sideral tengo derecho legal a defenderme. Y cuando digo defenderme, quiero decir defenderme a mí mismo, a mi cosmonave y a los demás tripulantes que me acompañan. No me obligue a utilizar ningún arma.

—Si emplea las armas contra un miliciano, habrá firmado su sentencia de desintegración.

—Es posible, pero también es posible que yo tenga alguno de los cañones apuntando al laboratorio. Una presión sobre un botón adecuado y todo el laboratorio se convertirá en chatarra espacial que nadie encontrará jamás.

—¿Es una amenaza?

—Capitán, no se ponga pesado. Usted, a nosotros, no nos manda nada; olvídenos y procure vivir tranquilo. Con los disgustos, el hígado se estropea y yo no le deseo ningún mal. Cualquiera pensaría que tiene usted deseos de fastidiar. En fin, en otro momento ya nos veremos. Espero que se haya calmado y pueda ver claro que mis compañeros y yo no somos borregos.

CAPÍTULO VIII

Bruna Castell recibió la presencia de Lluc Xaloc con talante frío, casi hostil, pero no rehuyó mirarle a los ojos. En realidad, era como vencerse a sí misma, demostrarse que no se dejaría dominar por aquel hombre alto,

—¿No han recibido comunicación de la Tierra?

—¿Espera algún mensaje? —le preguntó Bruna.

—No con exactitud.

—Tenemos orden de no comunicarnos.

—Sí, esa orden también la recibí yo; pero me dijeron que aquí en el laboratorio sí recibirían imágenes y sonido.

—Es cierto; recibimos telecomunicación de un satélite automático, que, además de recibir imagen y sonido, actúa de repetidor y capta imagen con las telecámaras que lleva incorporadas. Pudimos ver las ciudades a vista de pájaro, las bahías, las selvas e incluso los animales gracias a sus potentísimas lentes de aumento.

—Me gustaría ver cómo reciben sus imágenes.

—Eso es fácil —dijo Bruna, y tocando unos botones del panel de mandos que tenía en su mesa despacho hizo que se encendiera una pantalla mural, en tres dimensiones y con un magnífico color.

—Y las órdenes ¿cómo las reciben?

—¿Es un interrogatorio?

—No, claro que no.

Como si comprendiera que había sido demasiado dura con él, Bruna aspiró un poco de aire y luego dulcificó su gesto, pero no hasta cambiar su frialdad y casi hostilidad en amabilidad.

—Recibimos las comunicaciones en clave y a través del mismo satélite, por tales mensajes no se nos puede localizar. Otra cosa sería si mantuviéramos una telecomunicación normal, si enviáramos constante comunicación desde aquí.

—¿Y fue desde el principio que se tomaron estas precauciones?

—No entiendo… ¿Qué quiere decir?

—Que si desde el momento en que este laboratorio fue enviado al espacio a trabajar se tomaron tales medidas de seguridad para que no fuera descubierto.

—Pues sí, creo que desde el principio. ¿Por qué?

—Eso es lo que yo pregunto, ¿por qué?

—No sé, son normas. Hay piratas siderales, no hay que olvidar la animosidad que nos tiene la Federación Naranja.

—La misma que la Federación Verde tiene hacia la Naranja, en este aspecto pueden repartirse las culpas.

—Habla como si pudiera colocarse en el centro y juzgar las acciones de las dos Federaciones por un igual.

—Eso, de conseguirlo, me gustaría mucho. Me subleva estar con los

ojos cerrados, pensando que los dirigentes del grupo al que yo pertenezco lo hacen todo bien, porque no es así.

—Se hacen cosas bien y otras mal, eso es lógico y también humano.

—Sí, mientras la cantidad de cosas malas no rebase a las buenas.

—¿Qué es lo que teme que haga la Federación Verde?

—Aún no lo sé, pero intuyo que algo muy desagradable va a ocurrir.

—¿La guerra total?

—Sí, y algo más. Un grupo dirigente está tomando unas decisiones que corresponden a la voluntad de todo el pueblo que conforma la Federación Verde.

—¿Un *referendum*?

—Sí, ¿por qué no? Si algo afecta a todos y en manera grave, tiene que preguntarse a todos los ciudadanos si están de acuerdo o no con lo que se va a hacer.

—Pero si la Federación Verde es atacada, no tiene tiempo para preguntar; ha de responder con toda la capacidad defensiva que poseen sus milicias.

—Nunca se sabe bien quién ha empezado lanzando el primer pepinazo; luego se acusa al otro bando y listos.

—No entiendo a dónde quiere ir a parar, no lo entiendo.

—Quizás no me explico bien, pero lo que trato de decir es que algunos políticos y milicianos pueden tomar decisiones que no son justas, buenas ni aceptables, que se puede luchar contra ellas.

—Eso nunca; son los superiores.

—Si un superior le entrega un arma y le pide que se desintegre usted misma, ¿va a obedecerle?

—No creo que nadie llegara a tales extremos.

—Le he preguntado, responda: ¿Se desintegraría si se lo ordenara un superior?

—Puestas así las cosas… —Bruna sonrió, burlona—. No, naturalmente que no, jamás se me podría exigir tal cosa.

—Naturalmente que no, pero mucho me temo que algo semejante es lo que se ha planeado y de forma alevosa y con premeditación.

—Esa es una acusación muy grave. Por injurias podrían conducirle a una colonia de castigo.

—La advertencia no me asusta, aunque sé que es cierta. Sé que decir todo esto podría costarme el traslado a una colonia de castigo, pero si huelo mal, si huelo a podrido, no me callo, lo digo pase lo que pase.

—Le ruego que no hable en esa forma al resto de personal del laboratorio.

—¿Tiene miedo de que razonen y lleguen a demasiadas conclusiones?

—Está bien, comandante Xaloc, no discutamos más.

Apretó los labios tratando de buscar una respuesta adecuada en su mente.

Se daba cuenta de que Lluc Xaloc tenía el poder de confundirla por su forma de pensar y exponer las cosas y por la indudable atracción que ejercía sobre ella.

De pronto…

—¡La Tierra!

Lluc Xaloc apartó su mirada del rostro femenino para clavarla en la gran pantalla mural donde se veía el amado planeta del cual ambos eran hijos.

Como si se hallaran a bordo de un satélite artificial colocado a unos cuantos cientos de kilómetros por encima de la corteza terrestre, pudieron ver claramente la erupción, una luz cegadora que el satélite de telecomunicación automático había captado perfectamente.

—Es una explosión termonuclear —gruñó Xaloc.

—Sí, una explosión de tipo medio sobre una metrópoli.

—Del área que corresponde a la Federación Naranja.

Bruna Castell vaciló.

—No es posible, quizás la Federación Naranja ya ha disparado su bomba termonuclear.

—¿Quiere decir en el lado del planeta que no vemos en estos momentos?

—Seguro. Ahora sólo vemos una cara del planeta Tierra, pero el satélite irá girando y veremos la otra.

—Sí, pero no hay que darse prisa, la guerra total acaba de comenzar.

—No es posible…

—Fíjese, fíjese, doctora Castell… ¿O me permite que la llame simplemente Bruna?

—Por favor, no es momento para ironías.

En la pantalla se multiplicaban los terribles hongos ígneos.

El planeta Tierra comenzaba a ser ferozmente mordido por los impactos atómicos, los ingenios destructores ideados por la mente demoníaca del ser humano, del *homo sapiens*, del hijo de la madre Tierra a la que ahora iba a causar tales daños que podía herirla de muerte.

Los impactos termonucleares fueron aumentando y pronto comenzó a oscurecerse el planeta. Vendavales levantaban verdaderos nubarrones de polvo y arena, incluso de vegetación que era arrancada de cuajo.

Volaban hasta los árboles al ser generados hiperhuracanes artificiales mientras el agua se convertía en vapor rápidamente.

La faz del planeta desapareció a sus ojos.

En breve tiempo se había convertido en una gran esfera gaseosa gris oscura que no dejaba ver la esfera sólida y acuosa que era la Tierra, y en medio de esa masa gaseosa que aumentaba por momentos, aparecían puntos de luz vivísima aquí y allá, exponentes de nuevas explosiones atómicas que iban aniquilando todo género de vida sobre la superficie del globo terráqueo.

—Es el apocalipsis, tantas veces temida a lo largo de milenios. Al fin y por desgracia, ha llegado. Nosotros podemos verla porque no estamos en mitad de ese infierno.

Bruna, temblándole los labios, siseó:

—Siento ganas de llorar. Jamás creí que la humanidad llegara a esto por diferencias de poder, jamás. Yo tengo ahí amigos, familia…

—Todos sabíamos que si había una guerra total, ocurriría eso.

—Pero es horrible. No va a quedar nada vivo sobre la superficie del planeta. Toda la vegetación será arrasada, los animales morirán, los océanos quedarán vacíos porque hervirán, cociéndose todo lo que haya dentro de ellos.

—Hasta que sus aguas se evaporen por completo.

—Es horrible.

—¿Qué piensa hacer, Bruna?

—Comunicar lo que ocurre a la tripulación. Estamos en guerra total, pero habrá supervivientes.

—¿Supervivientes? —preguntó Xaloc, irónico.

—Sí. Existen los refugios antiatómicos de alta seguridad, se hallan a gran profundidad y resistirán. Todo no se habrá perdido, tardaran en salir pero están bien aprovisionados para resistir años terrestres y dar tiempo a la recuperación exterior. Existen cultivos para una ulterior repoblación forestal que si bien empezará poco a poco, tendrá fruto y también hay animales de todas clases, peces, insectos, vertebrados.

—Sí, todo eso me contaron a mí.

—¿No lo cree?

—Sí, sí lo creo. Existen esos refugios antiatómicos de alta seguridad en los que habrán podido salvarse por el momento unos cuantos millares de privilegiados.

De pronto, Xaloc se dio un golpe en la frente como si una luz súbita acabara de brillar en su mente.

—¿Qué pasa? —inquirió ella.

—¡El contenedor!

—¿Qué pasa con él?

—¿Está conectado a alguna parte?

—Sí, naturalmente.

—¿Naturalmente qué? —insistió el hombre.

—Pues al ordenador central.

—¿Para qué?

—No sé, cumplo órdenes.

—Bruna, Bruna, Bruna —repitió, excitado y preocupadísimo.

—¿Qué es lo que pasa, qué sucede con el contenedor?

—Es la superbomba.

—¿La superbomba?

—Sí.

—No entiendo, no entiendo.

—Sí, mis compañeros y yo estamos seguros de que se trata de la superbomba.

—¿Qué superbomba?

—Hasta ahora nadie se había atrevido a construirla porque su explosión rebasaba todos los cálculos. Para ella no valen los refugios atómicos. Si la superbomba vuela hacía el planeta Tierra y hace impacto allí, explosionando, la Tierra se convertirá en un nuevo sol y así, por cientos de millones de años hasta que se consuma su fuego atómico. Toda ella, hasta el núcleo, se desintegrará formando una bola de fuego inmensa, millares de veces superior en tamaño. Si esa superbomba cumple el cometido para el cual ha sido construida, no habrá vencedores ni vencidos, no habrá semillas de vegetales para la repoblación, no habrá frutos ni animales, no habrá ningún ser humano que se salve. Los refugios antiatómicos de alta seguridad se disolverán

como gota de agua cayendo en el ojo de una explosión termonuclear de inusitada potencia.

—No es posible, no puedo creerlo. Si no se salvara nada ni nadie, ¿para qué habría de servir?

—Para la venganza.

—¿Venganza?

—Sí, me temo que está aquí, a salvo de un ataque, por si quienes han ordenado su construcción se ven perdidos. Si constatan que los posibles vencedores de la guerra total son los milicianos de la Federación Naranja, esa bomba partirá hacia la Tierra para destruirla totalmente. Será la venganza de los perdedores, porque de este modo no se salvará nadie, absolutamente nadie.

—No puedo creer que por venganza se llegue a la destrucción total para que la Tierra y su civilización desaparezcan para siempre del cosmos.

—¿No puedes creerlo?

—No —denegó con firmeza.

—Pues yo sí, hay que desconectarla.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Está conectada a un circuito automático. Además, yo no tengo autorización para desconectarla.

—¿El capitán Williamson sí?

—El capitán Williamson se hará cargo del laboratorio como comandante de la escuadrilla miliciana que viaja en este laboratorio, ya

que estamos en guerra total.

—Si no desconecta la superbomba, se sentirá culpable de la destrucción del planeta Tierra con todos los supervivientes que se hallan en los refugios atómicos.

—¡No puede hacerme responsable a mí de tal hecho, no puede, no puede! —exclamó con vehemencia.

—¿Qué pasa aquí? —inquirió la voz agria del capitán Williamson, haciendo acto de presencia.

—La guerra total, capitán, la guerra total…

CAPÍTULO IX

El capitán Williamson se quedó mirando fijamente la pantalla.

En aquellos momentos podían verse unos puntos fuera de la esfera gris oscura, ya no era el planeta bello y azul que les diera la vida.

Aquellos puntos eran cosmonaves de combate que en torno al planeta, fuera de la ionosfera, combatían ferozmente unas contra otras. Las líneas de disparos eran captadas perfectamente por el satélite de telecomunicaciones así como los impactos que convertían a las cosmonaves milicianas, ya fueran Verdes o Naranjas, en círculos de blanco fuego.

—La guerra total…

—Usted no lo creía, ¿verdad?

El capitán Williamson se volvió hacia Lluc Xaloc para decirle:

—Es cierto, jamás creí que llegaríamos a esto.

—Pues ya hemos llegado.

—Desgraciadamente.

—Es el fin de todo —se lamentó Bruna Castell.

—Bien, ahora deberemos mantenernos a la espera de órdenes

superiores que han de venir desde la comandancia general de la milicia Verde.

—No creo que le llegue ningún mensaje —gruñó Xaloc, contundente.

—¿Qué haremos? —preguntó Bruna.

—Es posible que no nos envíen órdenes porque estarán atareados en la guerra total. Hay que vencer al enemigo, hay que aplastar a la traidora Federación Naranja.

—¿Traidora? ¿Sabe usted quién ha disparado la primera bomba atómica? —le preguntó Lluc Xaloc.

—Han sido ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Han sido ellos, son el enemigo traidor al que hay que vencer.

Lluc Xaloc había supuesto que con aquel oficial miliciano no se podría razonar, era un humanoide y no un ser humano.

Bruna pidió a Xaloc:

—Dígale lo que piensa de la superbomba.

—¿Superbomba? ¿Qué es eso?

Lluc Xaloc aclaró:

—Creemos que dentro del contenedor hay una superbomba.

—Vaya, en ese caso nos habremos convertido en una pieza importante de esta guerra total.

—No lo entiendo, capitán —le corrigió Lluc Xaloc.

—¿El qué no entiende? —le miró interrogante y con aire de soberbia, dándole a entender que era él quien mandaba.

—Si la superbomba es activada y explota contra el planeta Tierra, no quedará nada. La Tierra se convertirá en un pequeño sol y desaparecerá. Nos habremos quedado sin planeta donde vivir y poder rehacernos tras esta guerra suicida.

—Eso son elucubraciones fantasiosas que no me interesan. Yo cumplo las órdenes de la superioridad, máxime ahora que estamos en guerra total. Creo que es innecesario que les diga que a partir de este momento me hago cargo de la jefatura superior y total de este laboratorio *Zeta 55*.

Bruna Castell miró angustiada a Lluc Xaloc, el cual no parecía aceptar muy bien las últimas palabras del miliciano.

—Capitán, no podemos permitir que el planeta se destruya. Ya no podríamos retornar jamás a la Tierra, no tendríamos adonde ir, ni siquiera después de diez o quince años de recuperación tras la guerra total.

—No hagan elucubraciones. Ahora hay que estar preparados para el ataque del enemigo y esperar órdenes. Me hago cargo de este despacho y de todo el mando del laboratorio. Comunicaré a todos los servidores que quedan automáticamente militarizados y que obedecerán las órdenes puntualmente bajo penas severas si así no lo hacen.

—Deje que lo comunique yo —pidió Bruna Castell.

El capitán Williamson se le adelantó, ocupando el lugar de mando en el despacho. Al alcance de sus manos quedaron todos los pulsadores.

—Lo haré yo, ahora soy la máxima autoridad aquí como especifican las normas espaciales. —Miró a Lluc Xaloc y le dijo—: En el momento oportuno ya le comunicaré la confiscación miliciana de su cosmonave y la posible militarización de usted y los otros dos sujetos que le acompañan.

—Capitán Williamson, hay que desconectar la superbomba —le pidió Xaloc, tratando de razonar con él.

—Olvídese de eso.

Dándose cuenta de que no conseguiría nada con el capitán Williamson, que asumía el máximo poder con todas las consecuencias que ello implicaba, Xaloc optó por la astucia.

—De acuerdo, capitán, lo que usted ordene. Estaremos a su disposición, nosotros también lucharemos contra el enemigo.

—Menos mal que al fin ha comprendido cuál es su deber, comandante Xaloc. Temí que no llegara a entenderlo.

Xaloc clavó sus ojos penetrantes en Bruna Castell. La vio desconcertada, confusa, no sabía qué hacer. El mando ya no estaba en sus manos.

Sus investigaciones sobre los virus y bacterias carecían ya de importancia. El laboratorio espacial se constituía en sí mismo en una base miliciana sideral, podía atacar o ser atacado.

Después de todo, al término de una guerra total, ¿de qué podía servir la investigación sobre el desarrollo de virus y bacterias en medio de polvo cósmico y sin gravedad?

De nada. Ella tenía que darse cuenta y si analizaba la situación, acabaría comprendiendo que Xaloc tenía mucha razón en cuanto le dijera, que el laboratorio y ella misma habían sido utilizados como base miliciana camuflada.

El gobierno de la Federación Verde no había tenido ningún interés en todas sus investigaciones, sólo había invertido dinero para disponer de una plataforma espacial camuflada en la que poder instalar la superbomba.

Lluc Xaloc se alejó hacia su cosmonave por el túnel de comunicación.

Herbert y Who-Sy se hallaban en la salita de distracción, visionando un programa de espectáculo erótico con bailarinas mientras tomaban sus respectivas bebidas refrescantes.

Xaloc oprimió un botón y cortó el espectáculo. Who-Sy y Herbert le miraron intrigados. Jamás antes les había privado de una diversión para pedirles algo, siempre les había tratado como a compañeros y no como un jefe a sus subordinados.

—La guerra total ha comenzado —dijo gravemente.

Herbert y Who-Sy se miraron entre sí. Fue el oriental quien preguntó, apartando lentamente el vaso de su boca:

—¿Seguro?

—Sí, he podido ver las imágenes captadas en directo. Ignoro cuánto durará la guerra total, pero las explosiones termonucleares han transformado la Tierra en un auténtico infierno. Ya no es nuestro amado planeta azul. Lo he visto convertido en una esfera oscura, sin luz interior, es decir, sólo con la luz de las explosiones termonucleares. El humo y el vapor recalentado lo envuelven.

—¿Ha terminado todo?

A la pregunta de Who-Sy, Xaloc respondió:

—No, no ha terminado aún. Han salido al espacio cosmonaves milicianas de ambas federaciones para luchar entre sí. Es una lucha abominable en la que se busca el exterminio total.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Herbert.

—¿Qué crees que podemos hacer? —le preguntó Who-Sy.

—El capitán Williamson se ha hecho con el mando del laboratorio espacial, militarizando a todo el personal civil.

—Pues si me acerco por allí, me encierran —observó Who-Sy.

—He cerrado la escotilla de acceso por si acaso envía a sus milicianos para detenerte.

—Menos mal —suspiró Who-Sy—. Claro qué, ¿de qué le serviría a ese capitán encerrarme en una celda si ya no hay un planeta adonde poder regresar?

—No lo sé, pero ese hombre es un neurótico de la disciplina y el acatamiento de las ordenanzas.

—Ese es peor que Ursus; no piensa, se limita a obedecer —gruñó Herbert.

—Esta guerra no dejará vencedores. Han destruido el planeta por falta de diálogo.

—Quedan los refugios antiatómicos —recordó Herbert

—Cuando la guerra termine, esperarán unos años y saldrán a ver con qué se encuentran; me imagino que un planeta más pelado que Plutón.

Xaloc les explicó su idea sobre la superbomba y el motivo por el cual estaba en el laboratorio espacial, esperando a ser disparada contra la Tierra para destruirla en su totalidad, aniquilando de esta forma a unos posibles vencedores.

—Si eso es cierto —razonó Herbert— y la superbomba transforma a nuestro planeta en un pequeño sol, nos habremos quedado sin madre, sin lugar adonde poder regresar. Será el fin de nuestra civilización, porque todos nuestros suministros tienen un tiempo de posibilidades. Luego, cuando se agoten, será nuestro fin, el fin de toda nuestra civilización.

—Así es y debemos evitarlo.

—Estoy contigo —le dijo Herbert.

—¿Y tú Who-Sy?

—También. ¿Qué hay que hacer?

—Desconectar la superbomba.

Herbert inquirió:

—¿Eso detendrá la guerra?

—No. La guerra ya nada ni nadie puede detenerla. Las explosiones termonucleares seguirán sobre y en torno a la Tierra hasta que se agoten, hasta que mueran quienes las lanzan, pero esa guerra terminará y posiblemente en pocas horas.

—Dejarán el planeta hecho una mierda —se lamentó Herbert.

—Pero quedarán enteros por lo menos un sesenta o un setenta por ciento de los refugios antiatómicos.

—Who-Sy tiene razón, quedarán los refugios antiatómicos que hayan resistido.

—Aunque sea así, tardarán muchos años en salir —objetó Herbert.

—Aunque tarden un cuarto de siglo, si es que tienen víveres suficientes —observó Xaloc—. Lo importante es que saldrán de sus refugios con esporas, con sus semillas, con los óvulos de distintas especies fecundados. La vida renacerá. El hombre tiene capacidad y ciencia para devolver la vida al planeta si se dedica a ello. Lo malo es que la superbomba destruya el planeta totalmente, porque en ese caso ya no hay posibilidad de regeneración. Será el fin.

—¿Y es posible que nuestros gobernantes de la Federación Verde

hayan construido esa superbomba para acabar con todo? —se preguntó Herbert, y más que una pregunta era una queja sorda.

—Sí. Nuestros gobernantes la han construido sin encomendarse a Dios ni al diablo, pensando sólo en aplastar la supuesta victoria de la Federación Naranja en una destrucción absoluta.

—¿Crees que la Federación Naranja haya podido construir una superbomba también? —inquirió Who-Sy.

—Lo ignoro, pueden haber cometido la misma atrocidad. Sin embargo, nosotros sabemos que esa superbomba está en el contenedor y debemos desactivarla para que nunca pueda llegar a estallar.

Who-Sy observó:

—Si nos descubren, nos atacarán.

—Es un riesgo que habremos de correr. El capitán Williamson nos considerará traidores a la Federación Verde, pero no es ser traidores, intentar salvar al planeta de una venganza descabellada.

De súbito, Herbert preguntó:

—¿Y si no se tratara de una superbomba?

CAPÍTULO X

El capitán Williamson había hablado a toda la tripulación del laboratorio espacial de investigaciones biológicas, comunicándoles la trágica noticia de que se hallaban en guerra total contra la Federación Naranja y que, en consecuencia, quedaban militarizados y a las órdenes de los milicianos profesionales que se hallaban a bordo del *Zeta 55*.

Bruna Castell miraba la pantalla.

Había visto cómo la Luna sufría también los impactos termonucleares que debieron hacerla temblar hasta su mismísimo núcleo.

Cada una de aquellas horrísonas y diabólicas explosiones terminaban con una de las colonias. No importaba que pertenecieran a la Federación Verde o Naranja; todos eran seres humanos nacidos de la misma madre Tierra, lo que convertía aquella guerra total en la lucha fratricida más patética y mortífera que se conociera jamás.

Las cosmonaves seguían apareciendo en el espacio partiendo de la propia Luna, que, demoledoramente atacada, iba cambiando su faz mientras se llenaba de una envoltura de polvo candente que habría de impedir que las estrellas y demás astros pudieran ver el sufrimiento de la hermana pequeña Luna.

De súbito, la pantalla dejó de ofrecerle imagen.

—¡Capitán Williamson!

—¿Sí?

—¡Ya no recibimos imagen!

—¿Habrá alguna avería?

—No creo, jamás hemos sufrido una avería en este circuito.

—De todos modos, habrá que comprobarlo. Daremos orden de que se investigue este asunto.

—¿Y si ha sido destruido el satélite por uno de los disparos? Es normal que en una guerra se destruyan los satélites importantes.

—Sí, es posible que un impacto lo haya destruido.

—Eso significa que hemos quedado desconectados con nuestro gobierno del planeta Tierra. No recibimos imagen ni sonido.

—Nos mantendremos a la expectativa y si nos atacan, nos defenderemos. Mis hombres están ya dispuestos para emplear las armas.

—Pero, si no recibimos ninguna telecomunicación, ¿qué vamos a hacer?, ¿qué esperaremos?

—Es fácil.

—Yo no lo veo tan fácil.

—Doctora Castell, cuando la guerra termine, nuestros superiores nos enviarán mensajes mediante las antenas que emergen de los refugios antiatómicos. Nosotros captaremos esos mensajes y sabremos lo que tenemos que hacer.

—Creo, capitán Williamson, que estamos desconectados ya de la superioridad y hemos de actuar por nuestra cuenta y riesgo.

—No vaya tan de prisa, doctora; sólo se trata de una avería.

—¿Y si no lo es?

—Entonces, nos mantendremos a la espera.

—¿Por cuánto tiempo?

—El que haga falta. Cien horas, mil, diez mil, un millón de horas… Este laboratorio está dotado de todos los servicios para permanecer larguísimo tiempo aquí.

—Nos haremos viejos esperando.

—Creo, doctora, que habló usted demasiado con ese comandante Xaloc.

—¿Es que tenía que darle cuenta a usted de lo que hablaba con él?

—No, claro que no. Pero parece que la convenció demasiado de sus ideas anárquicas y casi diría que traidoras. No me extrañaría nada que esos sujetos se convirtieran en traidores.

—¿Traidores? No lo creo.

—Entonces, ¿por qué han cerrado la escotilla que une el laboratorio con la *Ferotge 21*?

—Lo ignoro, quizás sea como medida de precaución.

—¿Medidas de precaución? Más bien me inclino a pensar que temen que los militarice y si les doy la orden serían capaces de escapar con su cosmonave. Podríamos atacarles, por supuesto, pero saben bien, demasiado bien, que no lo haríamos.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, doctora Castell. Si nosotros les disparáramos, ellos

podrían replicar de inmediato y es mucho más vulnerable el laboratorio que su cosmonave. Posee una capacidad de maniobra muy superior, y no digamos velocidad, no puedo olvidar que están armados.

—Habla usted como si tuviera que hacer la guerra contra él.

—Atención, atención, capitán Williamson.

La voz que surgió del pequeño altavoz que tenía la mesa de control que ocupaba el miliciano, les llamó la atención.

—Al habla el capitán Williamson. ¿Es usted el comandante Xaloc?

—Sí, por supuesto que soy yo, y tengo que decirles algo importante.

—¿Ah, sí? Pues dígalo.

—¿Está ahí la doctora Castell?

—Sí.

—Bien, debo advertirles que dos cosmonaves vienen en nuestra dirección.

—¿Dos cosmonaves? ¿Cómo no se me ha notificado? —se preguntó en voz alta el capitán Williamson.

—Quizás porque nuestros suprarradares son mejores que los suyos, capitán Williamson.

—¿Está seguro de que son dos cosmonaves y no dos meteoritos?

—Seguro. Lo que ignoro es si pertenecen a la Federación Verde o a la Naranja.

—Si pertenecen a la Federación Naranja, lucharemos antes de que nos destruyan.

—Capitán Williamson, si son dos cosmonaves de combate, no podrán.

—Nosotros tenemos minicosmonaves de combate.

—Lo sé; pero su potencial es pequeño y su radio de acción, corto.

—¿Y por qué nos dice eso?

—Quiero comunicarles que vamos a salir a hacerles frente.

—¿Ustedes?

—Sí. Tenemos armamento defensivo, ya se lo dije.

—En ese caso, será bueno que pasen dos milicianos a su cosmonave.

—Gracias, no los necesitamos.

—Será una colaboración para combatir al enemigo.

—No insista, capitán Williamson. Es mi cosmonave, el comandante soy yo. Lo que pueden hacer ustedes es enviar telecomunicación y averiguar si pertenecen a la Federación Naranja o a la Verde. Por ahora, sólo son dos micropuntos entre las miríadas de estrellas, pero yo los tengo localizados y no se me van a escapar.

CAPÍTULO XI

La cosmonave *Ferotge 21* dio unos cortos impulsos con los retrocohetes de babor y estribor. Fueron suficientes para separarse de la gran plataforma del laboratorio *Zeta 55*.

Lluc Xaloc recuperó el tubo anillado que se utilizaba como pasadizo entre ambos ingenios espaciales y conectó el gran motor de popa.

La energía brotó por la cola de la *Ferotge 21* que se alejó inmediatamente del laboratorio espacial.

La velocidad de impulso les permitió alcanzar dos mach luz que era lo adecuado para intentar el acercamiento, aunque sabía que con aquella velocidad no se podía luchar, era excesiva. Tenía que rebajarla a un décimo si quería dar en el blanco del enemigo.

—Hay que eliminar a esas cosmonaves si son enemigas —dijo Xaloc.

—¿Y si nos destruyen a nosotros? —preguntó Herbert.

—Es una posibilidad que hay que aceptar.

—Lo digo porque, si nos destruyen, no podremos desconectar la superbomba. No me gustaría que eso ocurriera, pero aceptando tal posibilidad he dejado un mensaje grabado para Bruna.

—¿Y dónde lo has dejado?

—Sobre la plataforma del laboratorio.

—¿Un mensaje sobre la plataforma del laboratorio? Jamás lo encontrarán.

—Ya lo creo que sí, porque el mensaje les encontrará a ellos.

Who-Sy y Herbert se miraron interrogantes.

—¿Qué truco has empleado? —preguntó Herbert.

—El mensaje está en el cerebro electrónico de Ursus.

—Diablos, es cierto; Ursus no está a bordo de la *Ferotge* —exclamó Herbert, sorprendido.

—Ursus se ha quedado en el laboratorio sin que lo sepan. Se mantendrá allí cumpliendo mis órdenes hasta que regresemos y si no volvemos, transmitirá el mensaje a Bruna.

Who-Sy opinó:

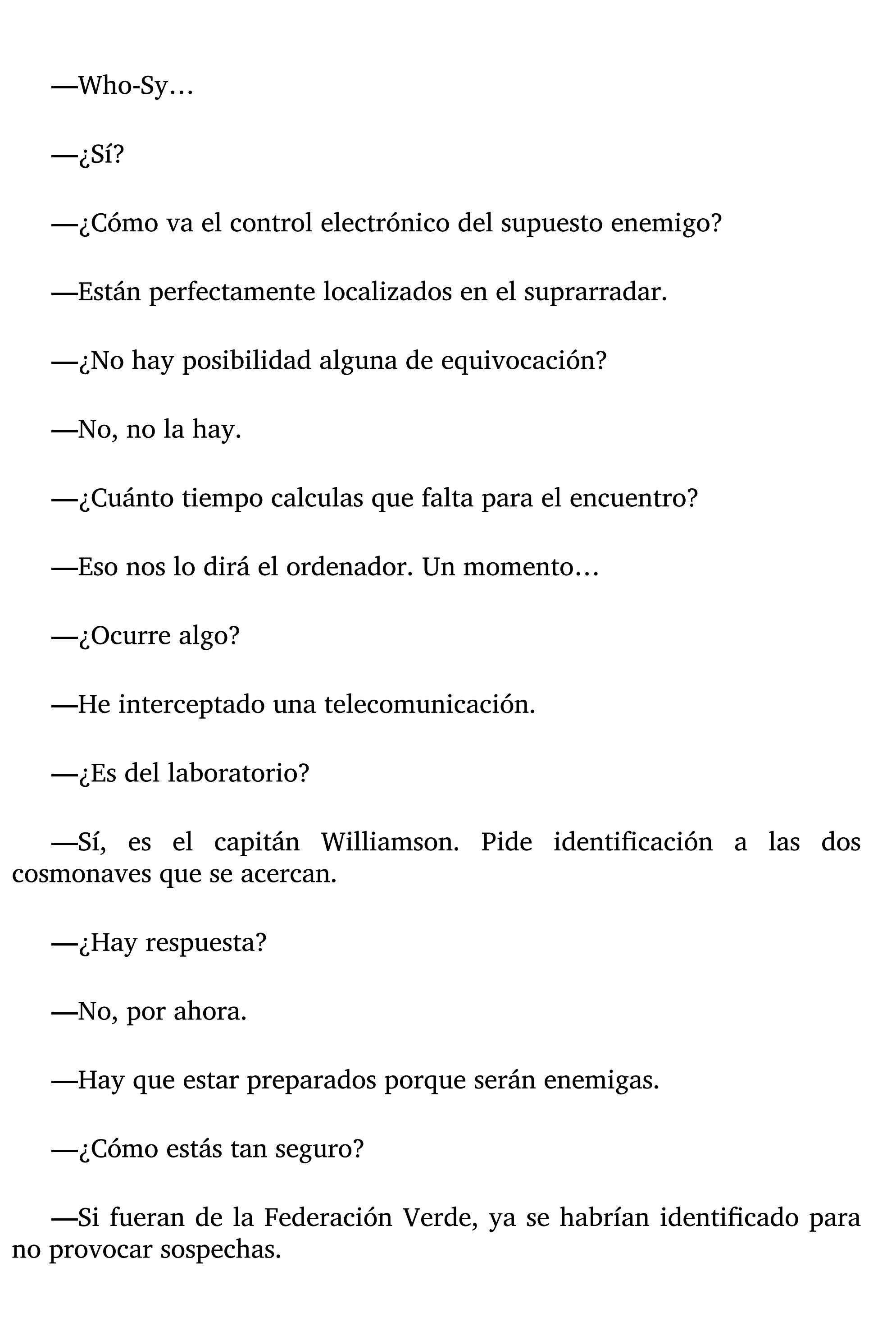
—Ursus es un buen robot.

—Sí, muy bueno —admitió Xaloc—. No lo hubiera dejado en el laboratorio de no ser porque tenía que encargarle una misión importante. Mientras nosotros estemos fuera no sospecharán que Ursus está caminando por el exterior del laboratorio; él no necesita traje de supervivencia.

Efectivamente, Ursus se hallaba sobre la plataforma del laboratorio *Zeta 55* y caminaba hacia la popa, si es que podía decirse que aquel laboratorio espacial tenía popa y proa, pues era grandioso y su aspecto en nada recordaba a una nave convencional.

—Ahora, Herbert, repasa el cañón y los misiles.

—En seguida.



—Who-Sy…

—¿Sí?

—¿Cómo va el control electrónico del supuesto enemigo?

—Están perfectamente localizados en el suprarradar.

—¿No hay posibilidad alguna de equivocación?

—No, no la hay.

—¿Cuánto tiempo calculas que falta para el encuentro?

—Eso nos lo dirá el ordenador. Un momento…

—¿Ocurre algo?

—He interceptado una telecomunicación.

—¿Es del laboratorio?

—Sí, es el capitán Williamson. Pide identificación a las dos cosmonaves que se acercan.

—¿Hay respuesta?

—No, por ahora.

—Hay que estar preparados porque serán enemigas.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Si fueran de la Federación Verde, ya se habrían identificado para no provocar sospechas.

—¿Crees que esas cosmonaves han localizado a tanta distancia el laboratorio para venir tan directas hacia aquí?

—Quizás la localización ya venía de tiempo atrás. No las vemos, pero sí son cosmonaves enemigas.

—Lluc…

—¿Sí, Herbert?

—Las armas listas. Los controles indican que están en perfectas condiciones.

—Me gustaría probarlas antes del combate, pero sería poner sobre aviso al adversario.

La *Ferotge 21* surcaba los espacios del cosmos a alta velocidad. Estaban concienciados de que iban al combate. Las ultratelecomunicaciones ya les habían confirmado que las dos naves que viajaban hacia ellos eran enemigas, pertenecían a la Federación Naranja.

Xaloc no deseaba luchar contra aquellos milicianos ni contra nadie, pero los momentos eran decisivos. Si él no golpeaba con sus cañones de súper láser incinerantes, las naves de la Federación Naranja vomitarían su carga destructiva contra el laboratorio *Zeta 55*, convirtiéndolo en polvo cósmico.

Bruna Castell y los demás desaparecerían para siempre y después de la guerra total, todos los hombres y mujeres serían necesarios para iniciar la repoblación humana.

Aquellos milicianos, lo mismo que los pertenecientes a la Federación Verde, no se daban cuenta de que en aquella guerra total, no destruían al enemigo, sino al ser humano que era su hermano. Destruía a la civilización terrícola para conseguir un planeta yermo, muerto para siempre.

—Están a ciento cuatro punto ocho —advirtió Who-Sy.

—¿Está todo listo, Herbert?

—Sí, circuitos abiertos, disparo opcional; pero si quieres un consejo…

—Adelante.

—Si vamos de frente, puede que les demos; pero ellos nos darán a nosotros también y vamos a morir todos.

—Ya he pensado en ello, cambiaremos la posición. Iremos en línea ondulada sin proceso de banda rítmica, con velocidad cambiante. De este modo, será un poco difícil acertarnos. También lanzaremos la lluvia microfosforescente para engañar a su radar.

—Hazlo antes de que puedan hacerlo ellos —pidió Herbert.

—Iniciamos cambio de velocidad y rumbo.

La cosmonave *Ferotge 21* sufrió unas leves sacudidas al funcionar los retrocohetes que aminoraron su velocidad.

—Who-Sy…

—Atento.

—Abre todas las bandas de telecomunicación para que no haya posibilidad de error.

—Todas las bandas de telecomunicación abiertas.

—Voy a hablar.

Xaloc abrió su micrófono para lanzar sus palabras hacia el enemigo.

—*Ferotge 21* llamando a cosmonave desconocidas que llevan rumbo contrario… *Ferotge 21* llamando a dos cosmonaves que viajan en dirección contraria… Atención, atención… Identifíquense, identifíquense, somos cosmonave privada, pero poseemos material defensivo. Rogamos identificación.

—¡Cuidado, nos disparan! —gritó Who-Sy.

La respuesta de las dos cosmonaves fueron disparos de misiles siderales.

Lluc Xaloc acababa de expulsar al exterior la nube micro fosforescente al tiempo que cambiaba de dirección bajando el nivel de la cosmonave, lo que hizo que los misiles, les pasaran por encima, perdiéndose en el espacio.

—Hijos de perra —gruñó Herbert al ver por los amplios ventanales el paso de los destructores misiles que, de pura suerte, no les habían alcanzado.

—Disparo cañón uno y cañón dos —dijo Xaloc al tiempo que oprimía sendos botones.

Los ojos de los tres cosmonautas buscaron a través de los ventanales el resultado de aquellos disparos.

—¡Uno! —gritó Herbert al ver una bola ígnea lejos, tan lejos que podía confundirse con una gran estrella surgida de pronto en el firmamento,

—¡Queda otro! —advirtió Xaloc, variando de nuevo el rumbo de la *Ferotge 21*.

El enemigo volvió a enviar otros dos disparos que tampoco consiguieron acertarles. Xaloc disparó entonces el cañón tres.

—¡Ahí va!

El rayo rectilíneo cruzó el espacio sideral como un cable tenso tendido entre ambas cosmonaves.

—¡Lo conseguimos! —gritó Herbert.

Tenía razón. Las dos cosmonaves enemigas habían sido destruidas gracias a las hábiles maniobras de Lluc Xaloc que había conseguido confundirles y gracias también a la lluvia microfosforescente que enturbió la visión automática de los disparadores.

Xaloc puso en marcha los cohetes de babor y la cosmonave comenzó a girar en un amplísimo círculo para iniciar el regreso al laboratorio espacial *Zeta 55*.

—¿Cuantas cosmonaves milicianas crees que puede haber dispersas por ahí? —preguntó Who-Sy.

—No lo sé —dijo Xaloc con un suspiro—. Cuando esas cosmonaves desaparezcan, se decidirá el final de la guerra.

—¿Y se sabrá entonces quién ha ganado la guerra total?

—Sí, entonces se sabrá que cretinos la han ganado, porque lo que hayan conseguido conquistar no valdrá absolutamente nada. Miles de millones de seres humanos muertos y todo destruido, metrópolis, templos, museos de arte, flora, fauna… Una Tierra totalmente quemada llena de radiactividad y unos océanos sin agua. Y lo malo es que cuando den por concluida la guerra total, si la Federación Verde cree que ha perdido, activará la superbomba.

—Sí, y hemos de evitarlo. Ya han hecho suficiente daño entre todos.

—¿Y si no llegamos a tiempo de desactivarla y todo se va al infierno y nos quedamos sin planeta?

Mientras, Ursus deambulaba por el exterior del laboratorio espacial, inmune a los rayos cósmicos y a la falta de aire.

Caminaba despacio, como al ralentí; había sido programado para que anduviera de tal forma.

Cada paso que daba, tenía la precisión máxima y la velocidad de aposentamiento del pie sobre la plancha era tan lenta, que no se oía ni el más leve crujido.

Ursus también sorteaba los ventanales y las áreas que quedaban batidas por los objetivos de las telecámaras de observación exterior, de tal modo que su presencia no era advertida dentro del gigantesco laboratorio *Zeta 55*.

CAPÍTULO XII

—¿Qué puede decir ahora en contra de esos aventureros? —preguntó Bruna Castell, casi mordiendo sus palabras.

El capitán Williamson se limitó a responder:

—Se han comportado como debían.

—Yo estaba segura de que lo harían. Han arriesgado sus vidas para impedir que esas cosmonaves milicianas llegaran hasta aquí para destruirnos.

—Nosotros también poseemos capacidad de respuesta bélica.

—¿De verdad cree que hubiera podido replicarles?

—¿Por qué no? —preguntó él suficiente, arrogante y desdeñoso a la vez—. ¿Por qué no?

—Las posibilidades de velocidad y movimiento del laboratorio están muy por debajo de las de la *Ferotge 21*.

—Usted lo ignora, doctora Castell, pero sí poseemos armas superiores a las de la *Ferotge 21*.

—¿Armas superiores a bordo de este laboratorio? —repitió, muy sorprendida.

—Sí. La superioridad estimó oportuno dotarnos de armas potentes y sofisticadas.

—¿Más de lo usual en los laboratorios espaciales?

—Muchísimo más. En realidad, son armas importantes aunque no se haya dicho nada al respecto; armas que mis milicianos saben manipular a la perfección.

—¿Por qué esas armas, si este laboratorio fue lanzado al espacio en tiempo de paz, cuando nadie podía llegar a imaginar siquiera que hubiese una guerra total?

—Los males hay que preverlos con anticipación aunque no se esperen. Si se evitan todas las precauciones, luego se evitan serios disgustos. Sí, doctora, tenemos armas suficientes para rechazar el ataque de cosmonaves milicianas.

—Entonces, sabiendo que aquí tenemos armas superiores a las que pueda llevar una cosmonave de combate, ¿por qué ha permitido que la *Ferotge 21*, que es una cosmonave privada, se enfrentara a los milicianos?

—Después de todo, siempre existe un riesgo, doctora Castell, y era mejor que ese riesgo lo corrieran unos despreciables aventureros de la galaxia y no nosotros que somos más importantes. De haber sido ellos los exterminados, siempre estaríamos nosotros aguardando como un ingenio espacial aparentemente inofensivo para dar la sorpresa al enemigo que no sospecha que poseemos armas de altísima potencia y tecnología.

—O sea; que ha arriesgado la vida de esos tres hombres como simples conejos de experimentación.

—Piénselo como quiera, me da lo mismo. Yo soy quién toma las decisiones y mi obligación es preservar de todo daño a este laboratorio espacial y haré cuanto sea preciso, al precio que fuere.

Bruna Castell había protestado por las decisiones del capitán Williamson, pero aún seguía confusa. La guerra total, la destrucción de tanta gente, de la humanidad casi completa y la posible existencia de una superbomba, la confundían.

—Capitán Williamson…

La llamada entró por el intercomunicador. Era la voz de uno de los milicianos que se comunicaba con su superior.

—Sí, escucho.

—La *Ferotge 21* efectúa maniobra de aproximación

—¿Cuánto tiempo tardará en la aproximación?

—El ordenador que controla la velocidad y la distancia dice que tres minutos diez segundos.

—Bien, está por llegar. Vigílenlos, no me fío de ellos.

—¿Les pedimos prevención?

—Establezca telecomunicación, les hablaré directamente.

El capitán Williamson abrió el canal de telecomunicación y llamó personalmente.

—*Aquí* Zeta 55 *hablando a* Ferotge 21…

—*Ferotge 21* a la escucha, capitán Williamson —le respondió el propio Xaloc.

—Tengo que felicitarle por el buen trabajo que ha hecho al destruir las dos cosmonaves enemigas.

—Gracias, capitán; creí que iba a lamentarlo.

—No sea sarcástico. Usted pertenece a la Federación Verde como

nosotros. Su obligación era aniquilar al enemigo de la Federación Naranja a quienes debemos la destrucción de nuestras ciudades y las vidas de tantos millones de conciudadanos.

—Me temo que ellos pensarán lo mismo, pero es preferible no tocar ese tema. Asunto concluido y peligro rechazado.

—Comandante Xaloc, coloque su cosmonave delante de nuestro laboratorio.

—¿Y por qué no encima, capitán?

—Obedezca, póngase delante.

—¿Y para trasladarme de la cosmonave al laboratorio?

—Háganlo mediante los automonocohetes.

—Eso es ponernos dificultades de desplazamiento, capitán Williamson.

—Son medidas de precaución. Si le sucede algo a su cosmonave, no debe afectar al laboratorio que se halla bajo mi cargo.

—De acuerdo, capitán, no les contaminaremos. Cuando les veamos, llevaremos el traje espacial puesto.

Lluc Xaloc cortó la comunicación y Bruna se encaró con el oficial miliciano convertido en comandante en jefe del laboratorio *Zeta 55*.

—Ha sido demasiado duro con Xaloc —le recriminó.

—¿Duro? —Sonrió—. Hay que mantener la vigilancia.

—¿Por qué y para qué?

—No lo sé, podrían ser unos traidores.

—¿Traidores, cuando acaban de combatir al enemigo?

—Sí, pero no son de fiar. Son gente sin disciplina que hace cosas arriesgadas por divertirse, por deslumbrar a personas ingenuas como usted.

—Capitán, se está usted propasando en sus apreciaciones.

—Sé muy bien lo que digo. Esos hombres son indisciplinados y no los quiero dentro de este macro ingenio espacial donde es fácil esconderse y cometer acciones de sabotaje. Hay siete mil metros cuadrados de superficie distribuidos en distintas plantas. Un hombre suelto aquí dentro podría hacer demasiado daño si deseara sabotearnos. No puedo dejar de vigilarles. Si salen de su cosmonave con traje de supervivencia espacial para venir aquí, sé les podrá controlar bien, entre otras cosas porque siempre habrá uno o dos en la *Ferotge 21* ya los que vengan, dos como máximo, se les podrá vigilar atentamente.

—Ve fantasmas donde no los hay, capitán.

—Es mi obligación prevenir, por ello tomo precauciones.

—Merecería que le hicieran una jugarreta.

—¿Qué clase de jugarreta?

—No lo sé, pero algo que le fastidiara mucho.

Se volvió hacia Bruna Castell y sonrió con astucia y frialdad a un tiempo, como si él fuera un gato y Bruna un ratón de bellísimos ojos verdes, ojos que más debían corresponder al felino,

—Parece como si quisiera darme a entender que tampoco debo fiarme de usted, Bruna.

—¿Desconfía de mí también? —preguntó la mujer, ahora con cierta agresividad.

—Desconfío de cuantos puedan ser traidores, doctora Castell. Si comete alguna torpeza queriendo ayudar a esos aventureros espaciales, me obligará a tomar medidas en su contra.

—¿En mi contra? —repitió, perpleja de puro sorprendida.

—Sí.

—¿Y de qué medidas habla?

—En principio, reclusión en una celda incomunicada. Luego, ya veríamos. Si la incomunicación con la Tierra rebasa a las diez mil horas, el reglamento previene que yo puedo tomar las decisiones que fueran precisas como representante de la ley y la justicia. Estamos en guerra, doctora Castell, en guerra, no se le olvide. Podría llegar el caso en que me viera obligado a ordenar la desintegración aséptica de un culpable de traición o sabotaje.

—Está usted loco, loco…

CAPÍTULO XIII

—Mirad.

—¿Qué? —preguntó Who-Sy.

El propio Herbert maniobró en el control remoto de las cámaras de telescopía que la *Ferotge 21* poseía en el fuselaje por su parte exterior.

—Ahí está Ursus.

—Es cierto —admitió Xaloc—. Y parece que sigue adelante con el plan que grabé en su ordenador electrónico.

—¿Y qué va a hacer? —preguntó Herbert.

Who-Sy observó:

—Parece que se acerca al contenedor de la superbomba.

Ursus estaba ya junto al contenedor, sin que nadie en el laboratorio *Zeta 55* se hubiera percatado de su presencia.

El robot seguía las instrucciones que Xaloc metiera en su cerebro. Era como una prolongación de las manos del propio Xaloc, pues era él quién había pensado lo que debía de hacerse.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó Herbert.

—Colocarnos en el lugar que nos ha marcado el capitán Williamson.

—Eso significa ponernos a tiro de sus cañones —rezongó Who-Sy.

—Sí, ya lo sé. Sólo tendrían que oprimir un botón para desintegrar la *Ferotge 21* con nosotros dentro; pero obedeciéndole es la mejor manera para que no sospeche de nosotros y se mantenga más tranquilo, menos nervioso. Lo que no quiero es que recele, hay que hacerle un poco el juego.

—Vamos, hacerle la pelota —rezongó Who-Sy.

—Prefiero no responderte.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —inquinó Who-Sy.

—Después de dejar la *Ferotge 21* estabilizada frente al laboratorio espacial, que el capitán Williamson pueda pensar que nos tiene perfectamente controlados, me trasladaré al laboratorio *Zeta 55*.

—¿Pondremos el pasadizo? —quiso saber Herbert.

Xaloc movió la cabeza en sentido negativo.

—Iré con el traje de supervivencia y automonocohete.

Herbert inquirió:

—¿Armado?

—Sí, llevaré un arma.

Herbert insistió:

—¿Para emplearla?

—No me gustaría; pero si hace falta, la usaré.

—¿Dispararás contra el capitán Williamson? —preguntó Herbert, muy intrigado.

—Creo que lo más importante es el planeta Tierra y los cientos de refugios antiatómicos de alta seguridad que hay allí tratando de escapar a la devastación de esta guerra fratricida. Si se dispara la superbomba por culpa de la terquedad estúpida y cretina del capitán Williamson, toda esa gente morirá, decenas de millares de seres humanos y tampoco será posible la renovación de la flora y la fauna. La vida del capitán Williamson no vale tanto, así que si tengo que dispararle no vacilaré.

—¿Qué opinas tú, Who-Sy? —preguntó Herbert.

—Que también voy a colgar mi pistola al cinto por si hay que emplearla. Los argumentos de Lluc me han convencido. Estamos en unos momentos en que hemos de decidir por nosotros mismos. No podemos dejarnos llevar por la locura paranoica y rencorosa de un grupo de hombres que no han sabido gobernar. Después de todo, si logramos desconectar la superbomba, ¿qué puede perderse?

—Nada —aceptó Herbert—. Xaloc tiene razón.

—Hay una última posibilidad —advirtió Lluc Xaloc.

—¿Cuál? —preguntó Who-Sy.

—Si es preciso, destruiré la superbomba aquí mismo de un cañonazo de superláser.

Herbert advirtió:

—Eso nos convertiría a todos en polvo cósmico.

—Lo sé perfectamente. Pero prefiero que nos convirtamos nosotros en polvo cósmico, incluyéndome a mí mismo, a que se destruya el planeta totalmente, con decenas de millares de seres, con todo lo que

guardan en esos refugios antiatómicos… Es nuestra civilización la que está en peligro de desaparecer.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Herbert—. Si no te opones, yo me encargaré de activar aquí mismo la superbomba si no conseguimos anularla.

—Gracias, Herbert; sabía que podría contar contigo.

Who-Sy preguntó:

—¿Y cómo sabremos que va a ser activada?

—Creo que llegará una señal desde el planeta Tierra o desde alguna de las colonias. Me inclino a pensar que será una señal emitida desde el refugio antiatómico de alta seguridad en el que están encerrados los altos comandantes y políticos. Desde su emisor enviarán la orden de disparo si consideran que han perdido la guerra atómica.

—Esa señal será en clave.

—Aunque sea en clave, podrá ser interceptada por Who-Sy.

—Eso es cierto, pero ¿y descifrarla?

—Cuando interceptéis la señal, fijaos en el contenedor; si la tapa comienza a abrirse, no lo dudéis, disparad contra él un cañonazo de superláser, aunque para nosotros sea el fin de todo.

—Dispararemos, Lluc, y no te avisaremos; así te convertirás en polvo cósmico sin enterarte.

—Está bien; no obstante, buscaré la forma de que eso no ocurra, aunque algunos puedan considerarme un traidor. Si hubiera sabido que traíamos una superbomba para arrasar el planeta Tierra, la hubiese lanzado al espacio sideral aunque a mi regreso me hubiera encontrado con la condena de confinación en un planeta de castigo.

—De todos modos —rezongó Who-Sy— que en el contenedor esté la superbomba sólo es una hipótesis; con muchas posibilidades de ser cierta, pero sólo una hipótesis.

—Trataré de dialogar con el capitán Williamson para comprobarlo. Suerte.

Los tres comprendieron que quizás ya no volverían a verse jamás.

La guerra total podía darse por concluida en cualquier momento y todos temían que los vencedores fueran los milicianos de la Federación Naranja, si es que se podía llamar vencedores a los que se quedaran con el maltratado planeta Tierra.

Xaloc se vistió con el traje espacial tras guardarse una pequeña arma que podía considerarse polivalente. Después, cargado con el automonocohete, se encerró en la cámara de despresurización.

Cuando ya la atmósfera fue absorbida por las bombas de vacío, comenzó a abrirse la puerta que le daba paso franco al espacio.

Frente a él, miríadas de estrellas, de planetas, cometas, toda clase de cuerpos celestes…

No tardó en ver el gran complejo del laboratorio *Zeta 55* bajo el cual, bien sujeto, se hallaba el contenedor que suponían encerraba la superbomba, el mayor y destructor ingenio bélico jamás construido por el hombre terrestre.

Puso en marcha el automonocohete y salió disparado, alejándose de la *Ferotge 21*, dejando tras de sí una estela de fuego.

Voló rápido hacia la entrada del laboratorio espacial y una vez se hubo aposentado sobre la pequeña plataforma, detuvo el automonocohete impulsor y llamó por el telecomunicador que llevaba incorporado en el traje espacial.

—Comandante Xaloc llamando al capitán Williamson… Solicito que

me abran la puerta del laboratorio.

Se encendió un piloto verde en la jamba y la puerta comenzó a abrirse automáticamente. Aquello hizo pensar a

Xaloc que debían estar observándole, que no le habían perdido de vista ni un instante desde que abandonara la *Ferotge 21*.

Pasó a la cámara de presurización y la puerta se cerró herméticamente tras él.

Pudo oír cómo entraba el aire hasta equilibrar la presión atmosférica. Después, se abrió la puerta que daba acceso al interior del laboratorio.

Dos milicianos armados le esperaban. Lluc Xaloc se quitó el yelmo y lo dejó en el colgador, liberando así su cabeza.

—¿Os envía el capitán Williamson?

—Tenemos orden de acompañarle —le dijo uno de ellos.

—¿Adónde?

—A donde usted vaya.

—Comprendo, no puedo moverme por donde quiera, ¿eh?

—Cumplimos órdenes.

—Muy bien, yo sólo he venido de visita. Me quitaré el traje espacial; resulta un poco molesto moverse con él.

Lluc Xaloc, dando impresión de que no le importaba la presencia de los dos milicianos, se despojó del traje. Cuando quedó más ligero, echó a andar por el corredor.

De éste pasó a uno de los ascensores, siempre acompañado de cerca

por los dos milicianos, que no parecían dispuestos a perderle de vista.

Lluc Xaloc se dirigió al despacho de dirección general del laboratorio, ahora convertido en comandancia general. Nadie le cortó el paso, pero entró en la amplia estancia custodiado por los dos guardianes.

Se encontró con el capitán Williamson y Bruna Castell.

—No esperaba el recibimiento de los héroes por haber destruido las cosmonaves enemigas. Digamos que no hacía falta que me lanzaran *confettis* sobre la cabeza y me dieran una medalla, hubiera sido demasiado; pero tampoco esperaba esta desconfianza desaforada, hasta el punto de colocarme dos milicianos que me vigilen en todo momento.

—Capitán Williamson —silabeó Bruna Castell—, creo que su comportamiento es totalmente improcedente y casi diría que indigno.

El capitán Williamson sonrió suficiente y sin prisas, sin sentirse molesto, como quien domina totalmente la situación, respondió:

—Estamos en guerra total y son inevitables las medidas de precaución. Yo soy el comandante aquí y todo se hará según yo crea conveniente. Es cierto que usted y sus compañeros han hecho un excelente trabajo. Elevaré el informe correspondiente a la superioridad y es posible que se le condecore.

—Muchas gracias, capitán Williamson; pero no se moleste, no me gustan las condecoraciones. Ahora, si no le importa, desearía tener un rato de descanso junto a la doctora Castell. La verdad es que, si a ella no le importa, me gustaría aparejarme.

—¿Con quién?

—Con ella, naturalmente.

Bruna sintió que el calor y el color subían a sus mejillas. Lluc Xaloc había hablado muy claro, no cabía dudar de sus intenciones y lo cierto

es que ella se sentía atraída física y espiritualmente hacia él.

CAPÍTULO XIV

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Bruna en tono bajo.

Xaloc le sonrió. Se hallaban en la sala de ocio del laboratorio espacial.

Llenaba el ambiente una música suave y se servían bebidas no alcohólicas desde que el capitán Williamson diera la orden adecuada. Los dos milicianos se habían sentado en una mesa, alejados, pero sin perderles de vista.

—Aparejarme contigo.

—No bromees —casi suplicó ella.

—No bromeo. Herbert y Who-Sy también han encontrado otras chicas en este laboratorio que les gustan. Creo que hay que pensar en el amor y la descendencia cuando tantos y tantos millones de seres mueren bajo las bombas termonucleares.

—Cuando la guerra termine, todas las mujeres deberemos pensar seriamente en la natalidad. Harán falta hijos a los que dejar un planeta aniquilado.

—Escúchame bien, Bruna. Si no actuamos adecuadamente, a los hijos no les dejaremos ninguna clase de planeta porque lo habremos destruido entre todos.

—¿Sigues con tu idea de la superbomba?

—Sí. Creo que tenemos los minutos contados; la guerra total puede darse por terminada en cualquier momento. Ha habido una lluvia de cientos de bombas termonucleares de media y alta potencia sobre el planeta Tierra y la Luna. Se han destruido los satélites artificiales y las colonias espaciales. No me extrañaría que sólo quedáramos nosotros y algunas pocas cosmonaves milicianas perdidas que buscan un posible enemigo o un lugar donde posarse.

—El capitán Williamson no quiere ni oír hablar de ese asunto.

—Ya me he dado cuenta. Habremos de prescindir de él.

—Hablas como si yo estuviera de tu parte.

—Estoy convencido de que estás de mi parte y si esto sale bien, tú y yo nos aparejaremos. Es seguro que no podremos regresar a la Tierra en mucho tiempo, hasta que todo el vapor que envuelve al planeta se convierta en lluvia y la lluvia en océanos, hasta que, lentamente, vayan saliendo los que permanecen bajo tierra en los refugios antiatómicos de alta seguridad. Es casi seguro que nuestro hijo, para entonces, ya tenga veinte años, pero tendrá un futuro.

—Despacito —pidió Bruna, quedándose casi sin aire—. Hablas de una forma que no dejas opción a los demás. Hablas de aparejarte conmigo, de hijos de veinte años que yo te he de dar…

—Cuando estemos a solas, te prometo convencerte. Sé que no vas a rechazarme.

—Estás demasiado seguro de ello —objetó casi desafiante, pero notando que se le secaba el paladar. Estaba deseando hallarse a solas con Lluc Xaloc para ver cómo trataba de convencerla.

—Hemos de hablar de otro asunto.

—¿La superbomba?

—Sí.

—Dime la verdad, Lluc, ¿me estás utilizando?

—Así me gusta, Bruna, que no me llames comandante Xaloc y que me tutees.

—No me has respondido.

—Estoy buscando tu colaboración.

—Lluc, creo que tienes razón; pero si te ayudo, es posible que me convierta en una traidora. ¿Te das cuenta de la responsabilidad que tengo en este laboratorio y de lo que me estás pidiendo?

—Sí, sé lo que te pido. Impedir la venganza del rencor. Hay una posibilidad entre cien de que esté equivocado, pero ¿crees que esa superbomba va a influir en la guerra total cuando ya el planeta esté arrasado?

—No, claro que no.

—Si sólo quedan los que se hallan en los refugios antiatómicos de alta seguridad de un bando y otro, si estalla la superbomba en el planeta, ¿quién se salvará?

—Nadie.

—Esa es la cuestión. Si estalla la superbomba en el planeta Tierra, no se va a salvar nadie. ¿Qué te parece si la desconectáramos?

—Está bien, me has convencido; pero ¿y los milicianos?

—Nos desharemos de ellos.

—¿Cómo?

—Vamos.

—¿Adónde?

—A la cámara del ordenador central.

—Está bien, vamos.

Abandonaron el club del ocio. Bruna le guio en dirección a la cámara del ordenador central, seguidos de cerca por los dos milicianos.

Xaloc avanzaba con absoluta normalidad, mas al doblar un corredor, se pegó, a la pared. Al llegar los dos guardianes, los sorprendió con su pequeña arma.

—Quietos —ordenó.

Los dos milicianos, sorprendidos, vacilaron antes de obedecer.

—Esto le puede costar el exterminio —advirtió uno de ellos.

—Y a vosotros la vida ahora mismo, si cometéis alguna torpeza.

Lo primero que hizo fue quitarle los intercomunicadores y luego las armas.

—¿No hay por aquí donde encerrarlos? —preguntó a Bruna.

—Sí, hay un armario de mantenimiento.

—No, allí encontrarían útiles para escapar. Que nos sigan; pero si me veo obligado a disparar, lo haré. Insisto que no quiero matar a nadie si no me veo forzado a ello.

—Obedecedle o moriremos todos —les recomendó Bruna.

El grupo avanzó hacia la cámara del ordenador central donde

estaban los millares de *cassettes* colocados ordenadamente unos junto a otros.

Era un espectáculo impresionante ver toda aquella memoria cuidadosamente almacenada y que el ordenador electrónico hacía funcionar según las necesidades.

—¿Cuál es la conexión del contenedor?

—No lo sé, Lluc, no lo sé —confesó Bruna Castell—. Soy médico, no ingeniero de cerebros electrónicos.

—Es inútil que siga buscando, comandante Xaloc.

La voz era la del capitán Williamson; acababa de presentarse con seis milicianos armados que les estaban apuntando.

Lluc Xaloc se volvió con su pequeña arma, apuntando al capitán Williamson.

—Sé que es inútil razonar con usted, capitán.

—Naturalmente que es inútil. Soy el comandante aquí y debo ser obedecido. Usted y la doctora Castell quedan arrestados por alta traición.

—No pienso entregarme, capitán Williamson, y se dará cuenta de que estoy armado.

—Si dispara, es hombre muerto.

—Y si me entrego también. Morir por morir, nos vamos los dos juntos al infierno. ¿Qué le parece?

—No será capaz de disparar.

—Voy a contar cinco y si sus hombres no han bajado sus armas, dispararé contra usted. Luego, no me importa morir. Estoy vigilando a

sus hombres. Cualquiera de ellos puede disparar y si lo hace, yo dispararé al mismo tiempo. Además, con los disparos se dañará el ordenador central del laboratorio y quedará inutilizado.

—Mis hombres no bajarán las armas; será usted quien entregue la suya.

—Es usted un fanático, capitán Williamson. Me di cuenta nada más verle. Se creía en una misión aburrida, una misión rutinaria; pero, de pronto, con el estallido de la guerra total, ha desatado usted la fiebre de su fanatismo. Pero no se saldrá con la suya.

El telecomunicador de Xaloc comenzó a emitir un fino pitido, demandando su atención. Sin dejar de apuntar al capitán Williamson, apretó contra su pecho la muñeca donde llevaba el telecomunicador, abriendo la conexión.

—Xaloc a la escucha.

—Atención, soy Who-Sy.

—Habla —le pidió, sin dejar de vigilar. Las armas se apuntaban mutuamente.

—Ursus ha conseguido lo que le pediste.

—¿Ha desconectado el contenedor?

—Sí. Ya no está ni siquiera adherido al laboratorio; ha cortado todos los anclajes.

—Bravo por Ursus. Es el mejor robot que hemos tenido jamás.

Al oír aquellas palabras, el capitán Williamson palideció intensamente.

—De modo que todo ha sido una trampa.

—Así es, capitán Williamson, una trampa. He hecho que toda su atención se centrara sobre mí mientras mi robot Ursus, debidamente programado, desconectaba el contenedor que lleva dentro la superbomba.

—¡Maldito! —rugió pálido el capitán Williamson.

—Con usted había que emplear la astucia, capitán Williamson. Pero congratúlese, hemos salvado a nuestro planeta.

—¡Matadlo!

—¡Quietos! —exigió Bruna Castell con voz tajante.

Hubo unos instantes de gran tensión. Bruna se colocó entre Xaloc y los milicianos, gritando:

—¡Es absurdo que nos matemos entre nosotros!

—¡Disparad! —exigió de nuevo el capitán Williamson

—Matadla a ella también, es una traidora como él.

Lluc Xaloc advirtió entonces:

—Si yo muero, mis compañeros destruirán el laboratorio y no se salvará nadie.

—¡Matadlo, matadlo! —gritó el capitán Williamson, desesperado.

Todos le miraron con atención. Parecía un loco enajenado, incapaz ya de controlarse. Desenfundó su arma de reglamento; Xaloc le disparó al brazo y el arma cayó de su mano.

—¡Traidores, traidores, matadlos, matadlos! —siguió gritando.

Lluc Xaloc, con una sangre fría que sorprendió a la mismísima Bruna, enfundó su arma y pidió:

—Llévenlo a la enfermería para que sea curado y que quede bien sujeto, no vaya a darnos un disgusto.

Ante una ligera vacilación por parte de los milicianos, Bruna puntualizó:

—Asumo todas las responsabilidades. Estamos sin contacto con nuestro gobierno, ya no podremos regresar al planeta Tierra en muchísimos años y es mejor que empecemos a convivir como hermanos. El comandante Xaloc se ocupará del mando en las operaciones de defensa.

—¡Traidores, sois todos unos traidores! —gritaba el capitán Williamson.

Los milicianos, ante la actitud de su superior, optaron por obedecer a la directora del laboratorio *Zeta 55* y se llevaron consigo al capitán Williamson, que no cesaba de chillar.

—Y ahora, ¿qué harás? —preguntó Bruna a Xaloc.

—Alejar de nosotros el contenedor.

Dos horas más tarde, el contenedor quedaba delante de la proa de la cosmonave *Ferotge 21* que puso en marcha sus potentísimos motores empujando el contenedor, por velocidad de inercia, siguió alejándose a gran velocidad. La *Ferotge* regresó junto al laboratorio.

—¿Adónde crees que irá la superbomba? —preguntó Bruna cuando Xaloc se reunió con ella en su despacho de control en el gran laboratorio donde iban a verse obligados a vivir durante muchos años.

—No lo sé, pero puedo decirte qué Who-Sy ha comprobado que el contenedor había sido disparado ya a través de vuestro ordenador central mediante una orden enviada desde el planeta Tierra por control ultrarremoto.

—Eso quiere decir que la Federación Verde ha perdido la guerra.

—La guerra la hemos perdido todos. Cuando los supervivientes salgan de los refugios antiatómicos, todos se darán cuenta de ello. Ahora nosotros hemos de disponernos a vivir nuestra vida aquí.

—Puesto que disponemos de mucho tiempo por delante, ¿por qué no damos una vuelta elíptica por la galaxia? Podríamos descubrir nuevos mundos.

—Me parece una buena idea, pero tendrás que consultarla en asamblea con todos los que componemos ahora esta colonia espacial, sin rumbo.

—Tienes razón. Siempre hay que consultar con los demás porque todos, de una forma u otra, salimos beneficiados o perjudicados. Las decisiones personalistas llevan consigo demasiados peligros.

Who-Sy llamó a Xaloc para pedirle que mirara hacía la pantalla.

—¿Qué ocurre, Who-Sy?

—¿Recuerdas que enviamos el contenedor hacia Plutón?

—Sí, al planeta de la frialdad eterna.

—Pues miradlo ahora.

—¡Es fantástico! —exclamó Bruna, atónita ante lo que veían sus ojos —. ¡Se ha transformado en un sol cegador!

—Exacto. Ya no hay duda, era la superbomba y como el planeta Plutón habría quedado la Tierra de haber recibido el impacto de la superbomba. Ahora, por algunos millones de años, Plutón será un pequeño sol en nuestro sistema solar.

—Lluc, tenías razón; hemos liberado a la Tierra de la destrucción total. Ahora, aún queda la esperanza de los que se hallan en los refugios

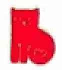
antiatómicos.

—Sí, y nosotros también podemos comenzar aquí la repoblación humana. ¿Qué te parece si empezamos nosotros…?

Tomándola por la cintura, la estrechó contra sí y ella no rechazó sus labios, que la besaron apasionadamente.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA 50 PTAS.

Impreso en España